

UNIVERSIDAD SAN FRANCISCO DE QUITO

Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades

**Medios de Comunicación Masiva: Forjadores del discurso del terrorismo
global**

Rodrigo Alejandro Borja Gallegos

Tamara Tronwsell, Ph.D., Directora de Tesis

Tesis de grado presentada como requisito
para la obtención del título de Licenciado en Relaciones Internacionales

Quito, mayo de 2015

Universidad San Francisco de Quito

Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades

HOJA DE APROBACIÓN DE TESIS

Medios de Comunicación Masiva: Forjadores del discurso de del terrorismo global

Rodrigo Alejandro Borja Gallegos

Tamara Tronwsell, Ph.D.,
Directora de la tesis

Andrés González, Ph.D.,
Director del programa de Relaciones
Internacionales

Carmen Fernández-Salvador, Ph.D.,
Decano del Colegio de Ciencias
Sociales y Humanidades

Quito, mayo del 2015

© Derechos de autor

Por medio del presente documento certifico que he leído la Política de Propiedad Intelectual de la Universidad San Francisco de Quito y estoy de acuerdo con su contenido, por lo que los derechos de propiedad intelectual del presente trabajo de investigación quedan sujetos a lo dispuesto en la Política.

Asimismo, autorizo a la USFQ para que realice la digitalización y publicación de este trabajo de investigación en el repositorio virtual, de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Firma: _____

Nombre: Rodrigo Alejandro Borja Gallegos

C. I.: 1717434359

Lugar: Quito **Fecha:** mayo del 2015

DEDICATORIA

A la mujer que me enseñó a volar, mi mamá Marielena,

A mi abuela, quien siempre soñó en verme en este momento de mi vida,

A la familia, a los amigos, a los maestros.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos aquellos que han sido parte del largo camino del aprendizaje.

Gracias a los amigos y compañeros del día a día, a cada uno de ellos; a los maestros por sus enseñanzas; a mi madre por soñar junto a mí; a mi abuelo por introducirme en los caminos de la conocimiento, el arte y la ciencia; a Tamara por su apoyo, a Isaías y Andrea; a los hermanos, a la Universidad, a todos quienes han depositado su confianza en mí.

Resumen

El terrorismo actual se presenta como uno de los mecanismos de violencia política con mayor nivel de influencia a nivel global, a tal punto que ha llegado a condicionar sustancialmente la agenda política internacional, ubicándose como una de las mayores amenazas a la seguridad global. Este poder se ha conseguido por medio del alto nivel de difusión global que los actos terroristas han alcanzado gracias a la labor de los medios de comunicación masiva. En el presente trabajo se analiza esta relación y cómo en la actualidad los medios han alcanzado un extenso poder que les permite convertirse en los forjadores del discurso del terrorismo global al implantar firmemente en la consciencia colectiva de la sociedad mundial ciertas representaciones que intentan dar rostro a un enemigo que más allá de ser una amenaza real, se presenta como una amenaza ciertamente discursiva. Al mismo tiempo se estudia la forma en cómo los medios presentan las noticias relacionadas al problema del terrorismo, beneficiando de este modo a los intereses de todos los frentes de poder que intervienen en la construcción social de este discurso: el estado, los grupos terroristas y los mismos medios de comunicación masiva.

Palabras clave: *Terrorismo, medios de comunicación masiva, discurso, violencia política, propaganda, seguridad internacional, guerra contra el terror.*

Abstract

Today's terrorism can be considered as the form of political violence with the widest capacity of global influence since it has substantially conditioned the international political agenda in which it is placed as one of the major threats to global security. Terrorism has reached this power through the extensive diffusion that the acts of this nature have through mass media. This paper focuses on how this relation between terrorism and the mass media is performed and analyses how the mass media has achieved a certain type of power that provides them the capacity of constructing the discourse of global terrorism by introducing into the collective conscience of the global society a new sense of who the enemy is. In consequence, this enemy becomes a discursive threat rather than a real threat to the global *status quo*. We also analyze how the media presents the news related to the problem of terrorism, and how this beneficiates the interests of the three main powers that construct the discourse: the State, the terrorist groups and, also, the mass media agencies themselves.

Key words: *Terrorism, mass media, discourse, political violence, propaganda, international security, war on terror.*

Tabla de contenido

Introducción.....	11
Capítulo 1: La construcción del discurso y la idea del mutuo beneficio	18
- El discurso del terrorismo, sus elementos y actores	25
- Evolución histórica del terrorismo y su discurso.....	30
- ¿Cómo entender el discurso actual del terrorismo?.....	35
Capítulo 2: Los medios de comunicación masiva como forjadores del discurso	45
- Los medios como soporte de los intereses de los poderes enfrentados en el discurso del terror	49
- El problema de la legitimación: la televisión versus el internet	54
Capítulo 3: ¿Por qué los medios de comunicación definen de forma efectiva el discurso del terrorismo?.....	59
Conclusión	64
Bibliografía.....	68

Lista de tablas

TABLA 1. OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE LOS GRUPOS TERRORISTAS POR MEDIO DEL USO DE LA PROPAGANDA.	36
TABLA 2. ELEMENTOS Y ACTORES DEL DISCURSO DEL TERRORISMO ACTUAL	44

Lista de Gráficos

GRÁFICO 1. LOS CICLOS DEL TERRORISMO SEGÚN RAPOPORT.	33
GRÁFICO 2. VIOLENCIA COMO MEDIO DE COMUNICACIÓN	51

Los medios de comunicación masiva: forjadores del discurso del terrorismo global

Introducción

El 7 de enero de 2015 tuvo lugar en París uno de los atentados terroristas con mayor cobertura mediática a nivel mundial: el tiroteo y asesinato consecuente de varias personas dentro de las instalaciones de la revista Charlie Hebdo. El hecho fue reproducido y comentado por un sinnúmero de cadenas de noticias alrededor del planeta, e incluyó una campaña internacional a través de internet; movilizó a miles de personas a favor y en contra del atentado así como de la labor del semanario parisino que en varias ocasiones había publicado sátiras contra la comunidad musulmana, el islam, líderes fundamentalistas y sobre el mismo profeta Mahoma, lo que provocó amenazas contra la revista.

Inicialmente, la cobertura se enfocó en el asesinato de miembros de la revista de sátiras. Sin embargo, poco después, el eje temático de la cobertura se refirió a otros aspectos relacionados con la vida de los ejecutores del atentado: dos jóvenes hermanos de apellido Kouachi, franceses, hijos de inmigrantes africanos, y “radicalizados en búsqueda de la identidad” (Spiegel 2015). Igualmente, se buscó explicar al público los nexos de los hermanos Kouachi con Al Qaida y las razones que tuvieron para actuar. Todo esto en menos de 24 horas. El 8 de enero se produjo un nuevo atentado en París, donde Amedy Coulibaly, un hombre de 32 años -asociado con el Estado Islámico- asesinó a una agente de policía y horas después se apoderó de un supermercado tomando varios rehenes, algo que provocó un giro radical a la cobertura mediática de los hechos al declarar que sus acciones estaban sincronizadas con el atentado en Charlie Hebdo.

Ahora la prensa mundial y el internet hablaban de dos atentados interrelacionados, al mismo tiempo que el presidente francés François Hollande, a través del Ministerio del Interior, autorizaba el despliegue de aproximadamente 88.000 efectivos alrededor de todo el

país paralizando a toda Francia e influyendo para que otros países se declararan en estado de alerta ante una inminente amenaza terrorista (Borges 2015). En otras palabras, no solo Francia, sino el mundo estaba paralizado gracias a la cobertura mediática, el miedo y la respuesta estatal como sucedió en 2001 mientras caían las dos grandes torres de Wall Street.

Todo esto refleja una realidad donde el “terrorismo” se ha convertido en la forma de violencia política con mayor efectividad comunicacional y cobertura mediática a nivel mundial ya que no solo afecta a las víctimas inmediatas, sino que condiciona los pensamientos, acciones, e incluso emociones de toda una sociedad. Sin embargo, esta efectividad no proviene solo del carácter letal de sus ataques, sino de la capacidad discursiva que se le ha otorgado por medio de los diferentes actores que han permitido colocar al terrorismo dentro de la agenda política internacional situándolo como una de las principales amenazas actuales a la paz y seguridad mundiales.

Justamente, al hablar de estos actores, encontramos que en el marco de una situación política-social internacional dominada por los procesos de globalización cada vez más profundos, la interdependencia y la interconexión entre las diferentes sociedades donde el poder ya no solo se distribuye entre los actores estatales típicos de la política internacional de características westfalianas, sino que ahora también se racionaliza entre actores no estatales como los medios de comunicación, representantes de las grandes industrias internacionales, y los propios grupos terroristas.

Ante esto encontramos que en la actualidad los medios de comunicación masiva han alcanzado un poder particular que les permite convertirse en los forjadores del discurso terrorista desde el momento en que facilita la introducción de los elementos que lo contienen dentro de los imaginarios colectivos, a la vez que su rol de difusores masivos benefician a los intereses de todos los frentes de poder.

Se puede ver que, ante este panorama, el discurso actual del terrorismo nace a partir de la relación existente entre los diferentes frentes de poder que se contraponen en el conflicto causado por el terrorismo como acto. Hablamos por lo tanto de una relación donde intervienen en primer lugar los propios grupos terroristas con su finalidad de alterar el status quo actual por medio del ataque físico pero sobre todo simbólico a blancos débiles del sistema social, político y económico imperante. En segundo lugar encontramos que son también los estados quienes cumplen un rol de suma importancia en esta relación desde el momento en que buscan defender y legitimar su “guerra contra el terror” a través de la propaganda que genere aprobación social a sus políticas de agresión y a cualquier otro tipo de políticas enfocadas a exterminar al enemigo, aun cuando este no ha sido plenamente identificado y los métodos tácticos usados puedan llegar a representar serias amenazas a las libertades, derechos y garantías de los ciudadanos. Finalmente encontramos que son los medios de comunicación los actores decisivos en esta relación que da origen al discurso del terrorismo, pues son ellos quienes sirven como transmisores tanto de los mensajes de los grupos terroristas, así como del estado en forma de propaganda política¹.

Por ello aquí se analiza la naturaleza de esta relación, basada en las conexiones que se establecen entre los intereses propios de estos tres frentes de poder en el esquema político internacional, llegando a la conclusión de que son los medios de comunicación los principales catalizadores del discurso, y quienes por su accionar benefician y sirven como canal para que todos los actores obtengan los beneficios esperados en el marco del discurso terrorista. Es

¹ Se podría incluir al público como un actor de carácter pasivo dentro de la lista de actores que intervienen en el discurso del terrorismo. Sin embargo es necesario tomar en cuenta que para fines de este estudio nos enfocaremos solo en aquellos que contribuyen de manera activa a la formación del discurso del terrorismo y sus elementos. El público como tal se convierte en un sujeto dependiente de las acciones y conceptos que los otros tres actores realicen e introduzcan en el contexto del discurso respectivamente.

decir, se sostiene que gracias a la difusión proporcionada por los medios de comunicación de los atentados y mensajes emitidos por los grupos terroristas, éstos últimos obtienen la “propaganda por el hecho” que buscan, además de que consiguen infundir la sensación de pánico permanente en la sociedad, misma que en última instancia influye en la desestabilización del sistema enemigo. Por su parte, los estados en su esfuerzo de legitimar su “guerra contra el terror” también se ven beneficiados por la propaganda que los medios hagan de sus posturas, aun a pesar de que éstas resulten ambiguas o incurran en violaciones claras a los derechos y garantías de los ciudadanos y los mismos medios. Justamente, se sostiene que una de las razones por las que los medios hacen propaganda de la “guerra contra el terror” a pesar de las violaciones a ciertas libertades en las que incurre el Estado, es porque los medios también buscan conseguir sus propios beneficios a partir de los altos niveles de rating y de los posibles retornos económicamente rentables que se obtienen tras la venta de noticias relacionadas a la violencia política ejercida tanto por los grupos terroristas, así como por el Estado.

De esta forma se concluye que en esta relación tripartita los intereses de los frentes de poder son respaldados por las acciones netamente informativas de los medios de comunicación masiva en el momento en que su difusión y cobertura de los hechos a favor y en contra del terrorismo permiten que los imaginarios, símbolos e ideologías contenidas en el discurso se fortalezcan, condicionando finalmente la forma en cómo la sociedad global entiende el problema el terrorismo. Igualmente se sostiene que, por otra parte, las acciones de los medios no permiten que se reduzca el problema sino que este se siga propagando por las omisiones comunicativas intencionales que ellos emplean al no comunicar datos precisos o generar espacios de debate en cuanto al origen problemático o motivaciones reales que ocasionan el apareamiento o esparcimiento del terrorismo como última medida de protesta

social; omisiones que se justifican tras el telón del discurso de la imparcialidad y del deber moral-patriótico de anti-terrorismo, aun cuando en la praxis las acciones de los medios no mantienen coherencia con este argumento, sino que más bien se enfocan en su labor de crear noticias sensacionalistas y propagandísticas que benefician a los tres actores que delinear el discurso del terrorismo actual.

La metodología aplicada para el desarrollo del presente estudio es el análisis descriptivo de los elementos, actores y características propias del discurso del terrorismo, así como las razones por las que los medios de comunicación masiva se han ubicado como catalizadores del mismo. En el capítulo 1 se analiza la construcción del discurso y la idea del mutuo beneficio existente entre los tres frentes de poder –grupos terroristas, Estado y medios de comunicación-, algo que también se irá analizando en las demás secciones. Además, se analiza la capacidad que tiene el discurso en general, sin limitarse al discurso del terrorismo, como mecanismo para conseguir el cambio o condicionamiento del comportamiento de las sociedades, factor que ha sido ciertamente aprovechado por el discurso del terrorismo y sus actores por medio de la introducción de símbolos y representaciones, ambiguas en muchos casos, como las del “enemigo”, con la finalidad de obtener ganancias en términos de propaganda, legitimidad y seguidores. Posteriormente se analiza la forma cómo el terrorismo y su discurso han ido evolucionando hasta constituirse en lo que son hoy en día. Para esto se pondrá énfasis en la revisión de los fenómenos de integración y coexistencia de elementos tradicionales del discurso del terrorismo como la búsqueda de la “propaganda por el hecho” y los nuevos como los introducidos por los estados en su “guerra contra el terror”.

En el capítulo 2 se busca analizar el rol de los medios de comunicación masiva como forjadores del discurso. Para ello se analiza el problema del poder político y se describe la forma en cómo los medios consiguen este poder y lo usan como una vía para insertar en la

sociedad los símbolos y representaciones propias del discurso. Luego se analiza con mayor profundidad las circunstancias en las que se dan los tres frentes del poder y cómo los medios sirven a los intereses de todos ellos. Asimismo, se revisa el poder comunicacional propio de la violencia política, más cuando es ejecutada de forma extrema a través del terrorismo. En este sentido sostenemos que el principal interés de los medios es continuar difundiendo a gran escala las noticias que contengan cualquier tipo de relación con esta forma de violencia, logrando mantener de forma permanente la sensación de pánico en la sociedad. Finalmente en este capítulo se estudian algunos de los problemas que emanan de las acciones u omisiones de los medios en sus procesos de difusión de las noticias relacionadas con el discurso del terrorismo, los cuales generan una sensación de incertidumbre en la sociedad y en los Estados al momento de diseñar sus tácticas antiterroristas, o una sensación de falta de aprobación social para los actos terroristas, por lo que los actores del discurso se ven obligados a movilizarse a nuevas plataformas como el internet para poder legitimar sus actos a través de la difusión viral de propaganda oficial y conseguir más seguidores y miembros para sus organizaciones, o ejércitos y soporte para sus políticas en el caso de los gobiernos estatales.

Finalmente, en el capítulo 3 se estudia el por qué los medios definen de forma efectiva el discurso del terrorismo. Para esto nos basamos en el estudio de dos características claves de la naturaleza de los medios y sus acciones. En primer lugar analizamos el atributo de auctoritas que constituye en su esencia una categoría de autoridad y fuerza moral de arrastre que les ha sido conferido por la sociedad de acuerdo a al rol histórico de los medios como portavoces de los problemas y necesidades de la sociedad (Clutterbuck 1985, 18). No obstante también se revisa cómo los medios han abusado de este atributo o autoridad y lo han utilizado como mecanismo de condicionamiento de las acciones realizadas por una sociedad cuya cultura se vuelve cada vez más mediatizada. Así acabamos observando la labor que

tienen los medios como difusores de espectros ideológicos que más allá de mostrar realidades, propagan ideales que no sirven sino para continuar profundizando en los alcances y aplicaciones del discurso del terrorismo, mas no para resolver la problemática social a la que se refiere: el terrorismo global.

Capítulo 1: La construcción del discurso y la idea del mutuo beneficio

Hoy en día nos encontramos en un mundo completamente diferente al posterior a la caída del Muro de Berlín y sus efectos inmediatos: el fin de la Guerra Fría y del orden mundial que había sido definido durante todo su período sobre la base de un mundo dividido entre dos poderes hegemónicos, estatales, con la capacidad de no solo destruirse mutuamente, sino a todo el planeta (Nye 2011, 142). Hoy vivimos y somos testigos de un mundo donde la carrera armamentística y la disuasión nuclear, o la especulación sobre quién poseía el mayor poder de coerción a gran escala, solo se daba en el nivel estatal y ahora aparecen actores no estatales –como los grupos terroristas o los medios de comunicación masiva- que pueden tomar medidas o actuar de tal manera que alcanzan la capacidad de moldear la agenda política internacional de acuerdo a sus intereses, y por medio de estrategias que no se limitan a la coerción, sino también a la construcción de ideas difundidas por medio de la propaganda.

Ahora, este escenario ya no resulta ser algo impensable, sino que se ha convertido en un hecho real. Es así que encontramos que un video que muestra a un verdugo yihadista decapitando a un periodista estadounidense en un desierto –aparentemente de Medio Oriente, o en algún lugar con similares características-, puede ser difundido y reproducido miles de veces por minuto en las redes sociales; descargado y vuelto a subir en otras plataformas virtuales, evadiendo todos los mecanismos de censura, a tal punto que llega a convertirse en la principal tendencia informativa a nivel global dentro de internet, para finalmente saltar de este ámbito al de los medios tradicionales de televisión, radio y prensa, teniendo como efecto último un cambio dentro de la agenda política internacional, mismo que motive la formación de una coalición militar de carácter internacional para actuar contra el enemigo, no-estatal, que amenaza a lo que la Organización de Naciones Unidas (ONU), y por ende todos sus países miembros, ve como su principal objetivo: la paz y seguridad mundial.

Ante este nuevo escenario, cabe preguntarse cómo una organización originada en el seno de la sociedad civil, con muchos menos recursos que los poseídos por un buen porcentaje de los 193 estados miembros de la ONU en independiente, y con un número incierto de seguidores de los cuales se desconoce todo –partiendo de su identidad-, tiene la capacidad de moldear el accionar de todos los actores de la sociedad mundial. La respuesta es muy sencilla: a través de la creación y expansión de un discurso de alcance global –el discurso del terrorismo-; un discurso que ciertamente se ha convertido en uno de los más controversiales de la historia de la humanidad desde el momento en que corresponde a un objeto sin rostro, encubierto detrás de uno o de varios nombres, escondido mas no asentado en un solo territorio geográfico, sino en una diversidad de espacios, o incluso, utilizando el principio básico de lógica, en ninguno a la vez; un objeto del cual se sabe muy poco más allá de lo que los medios de información masiva han dicho y que nos permite hoy hablar del “terrorismo”, como algo natural –no porque su naturaleza sea inherente a las relaciones humanas, sino porque con el paso del tiempo y la evolución del discurso, lo hemos naturalizando como una realidad del mundo actual, tal como lo hemos hecho con otros millones de realidades que hemos ido adoptando o aceptándolas a través de lo que los medios de comunicación han ido forjando como imaginarios colectivos. Sin embargo, antes de analizar el contenido del discurso terrorista y su relación con los actores que han permitido su alcance global –especialmente los medios de comunicación masiva-, es necesario entender el por qué el “discurso” per se – sin ninguna clasificación categórica adjunta que delimite su alcance-, resulta ser una herramienta tan efectiva en la esfera del condicionamiento social.

El poder del discurso –más allá de su acepción de carácter meramente retórico, debe ser considerado como el conjunto de representaciones que integran las formas con las cuales un colectivo ve al mundo a través de sus propios modelos y principios- es el medio más efectivo

para condicionar las acciones de las masas debido a que, como lo establece Iver Neumann (2008), el discurso se consolida como un imaginario colectivo, o conjunto de varios de ellos, que mantiene un alto nivel de regularidad dentro de las relaciones sociales y genera precondiciones para las acciones de los actores que intervienen en ellas, al mismo tiempo que delimita los elementos que participan en la construcción e interpretación del mundo colectivo y permite su categorización (62). Es así que por ejemplo, el terrorismo se convierte en una categoría que está presente en el imaginario de la sociedad mundial actual, aun cuando sus representaciones pueden variar dependiendo de los contextos culturales en los cuales se use el término. En otras palabras, es evidente que la categoría terrorismo es entendida por cualquier persona en el mundo, aun cuando un agente X sea considerado como terrorista para unos, o como un luchador por la libertad (*freedom fighter*) para otros (Held 1997, 192).

Ante esto es necesario precisar que la diferenciación que se da entre la aplicación de una categoría de aceptación general en un contexto cultural y otro, no niega el hecho de que esta tenga validez, sino que más bien muestran cómo el discurso ha logrado expandirse de tal manera que aún sigue siendo vigente a pesar de las diferencias culturales (Neumann 2008, 62). Es decir, el terrorismo es algo que se sabe que existe, pero sus representaciones pueden variar. Por ejemplo, mientras para muchos la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) puede ser considerada como un grupo de corte terrorista, para muchos otros puede ser considerada como un movimiento de liberación que busca consagrar lo expuesto en el artículo 1.2 de la Carta de la ONU, mismo que defiende el derecho a la autodeterminación de los pueblos como un principio esencial de las relaciones internacionales. Otro ejemplo es el de los llamados “Contras” de Nicaragua que, tras ser financiados por la CIA, eran identificados por el Gobierno de Reagan como “luchadores de la libertad”, a pesar de que su objetivo era el consumir por medio de la violencia un golpe de estado y el derrocamiento

subsecuente de un gobierno establecido y legitimado por la aprobación social; mientras tanto, este mismo Gobierno, el de Reagan, condenó como terroristas a quienes cometieron actos similares contra Israel y los diferentes gobiernos que han manejado el Estado desde su creación en 1948 (Held 1997, 192).

Como resultado vemos que una vez que el discurso se ha normalizado dentro de la sociedad se convierte en una forma de ver el mundo, de actuar; alcanza niveles que definen la moral al calificar a ciertos comportamientos como buenos o malos; y en general concretiza un régimen cultural. En otras palabras, el discurso llega a institucionalizarse como uno de los patrimonios de la sociedad. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta que este discurso no se puede mantener en pie sino por medio del soporte que se le dé a través de las instituciones ya existentes en la sociedad. Ante esto, Michel Foucault (1970) establece que el peso del discurso se distribuye entre las diferentes instituciones sociales que tienen, per se, un poder de presión social y de coacción, como lo vendrían a ser los medios, el Gobierno, o las demás instituciones estatales (11). Ante este escenario no resulta descabellado el sostener que los medios de comunicación tienen un rol de suma importancia como forjadores del discurso pues, al hablar del ámbito político específicamente, resulta evidente que los medios tienen la capacidad de introducir nuevos elementos del discurso, definirlos, redefinirlos y de establecer nexos y relaciones con cualquier otro discurso. En el ámbito del discurso del terrorismo, esto es justamente lo que ha ido sucediendo desde el momento en que los medios han tomado un rol activo en el posicionamiento del tema como una de las mayores amenazas para la sociedad civil, por lo que consecuentemente se establece una relación con el discurso de la seguridad y como un problema de, sobre todo cuando los medios, antes que los políticos o los mismo terroristas, son quienes deciden qué, cómo y cuándo exponer algo ante miles de millones de

personas que consciente o inconscientemente aceptan esta información sin mayor discernimiento puesto que, si no lo dicen los medios, ¿quién más?

He ahí que vivimos en un mundo donde los individuos estamos condicionados a lo que los medios coloquen como partes esenciales, no solo del discurso del terrorismo, sino de todos los discursos de la sociedad, desde las áreas del entretenimiento hasta las nociones sobre las emociones más íntimas de cada individuo, incluyendo –en el campo que nos concierne- el terror.

En la actualidad, debido a sus capacidades tecnológicas, los medios se han convertido en los mayores emisores de ideología y sus conceptos codificados en noticias e información de lo más diversa, manteniendo una postura privilegiada dentro de la arena de la creación de nuevos discursos de gran alcance. Por ello al hablar del discurso del terrorismo es imposible negar la existencia de una relación concreta de este con los medios de comunicación masiva, sobre todo cuando a partir de su rápida evolución ha logrado inferir al terrorismo un carácter global².

No obstante, es necesario especificar que al hablar de la relación existente entre el discurso del terrorismo y los medios, no se debe usar de manera mutuamente intercambiable la noción de acto terrorista con el de discurso del terrorismo, pues el primero es en sí mismo el contenido del último. Por lo tanto, al hablar de una relación entre el terrorismo y los medios no se puede asumir la existencia de un vínculo causal pero si de co-constitución o simbiosis entre estos dos elementos dado que ninguno depende de la existencia del otro para actuar; pero si pueden beneficiarse mutuamente de las acciones que cada uno realiza en el marco del discurso del terrorismo. En cambio, al hablar del “discurso del terrorismo” sí podemos decir

² Ya que desde finales del siglo XX hasta la actualidad han pasado de ser medios de alcance limitado a medios de alcance masivo y global.

que el rol de los medios influye en la consolidación del mismo por el hecho de que poseen la capacidad de alterar las percepciones que la sociedad tiene al recibir información relacionada al discurso del terror. De cualquier modo, es relevante tomar en cuenta que la relación entre la influencia de los medios sobre el discurso tampoco es una relación causal que se limite solo a estas dos variables, sino que el rol de los medios es parte de un conjunto de aristas que convergen en una relación multicausal que da origen al discurso del terrorismo, como lo son el rol del estado, la publicidad, la violencia política, las condiciones en las que se forja el discurso, entre otras. Sin embargo, lo que en efecto se puede afirmar, y que de hecho es el eje del presente análisis, es que los medios sirven como el canal para que todos estos elementos y actores contribuyan a la creación del discurso.

De esta manera, al hablar específicamente de la relación de los medios y la consolidación del discurso del terrorismo, vemos que éstos, con el paso del tiempo, sobre todo después del 9/11 han trabajado en una relación simbiótica, permitiendo redefinir una nueva noción del terrorismo como fenómeno político y social por medio de la inclusión de diferentes elementos, actores y escenarios que ya no se limitan a un alcance “local”, sino que ahora se presenta como un discurso de alcance “global” (Turk 2004, 277), donde ya no solo participan los intereses propios de los grupos terroristas, principalmente políticos y actualmente religiosos, sino que también se empiezan a ver envueltos los intereses económicos de los mismos medios de comunicación –que no dejan de tener una estrecha relación con el problema de lo político, pero que incluyen los intereses propios de la industria y del mercado, especialmente del entretenimiento- (Held 1997, 194). De manera similar se integran también los intereses del Estado, ahora reducido, en su lucha por sobrevivir a un proceso que amenaza con su supervivencia dentro de la naturaleza westfaliana del concepto mismo de “Estado” (Baudrillard 2003, 24), y los intereses de los miembros de la sociedad civil, los organismos

internacionales, y en su forma más extensa la comunidad internacional que día a día se encuentra más interconectada gracias al desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación.

Hasta aquí se puede encontrar que el discurso del terrorismo, como ya se mencionó, no se ve limitado puramente al acto donde un individuo o varios atentan contra la vida de personas, la infraestructura, los símbolos representativos del status quo³, o contra las estructuras e instituciones que sostienen a una sociedad específica o incluso a la recientemente llamada “sociedad global”⁴. Al contrario, el actual discurso del terrorismo envuelve otros elementos que son claramente identificables (el acto, la propaganda, la violencia y el terror, entre otros), pero que no por ello deben ser considerados como los únicos o inmutables, porque son los cambios o adhesiones de nuevos elementos dentro del discurso terrorista histórico, los que han propiciado la transformación del mismo hasta llegar al actual.

En este sentido, por ejemplo, al hablar de la historia del terrorismo, y especialmente al hablar del discurso que lo contiene, encontramos que nunca antes del 9/11 se había hecho referencia a una “Guerra contra el terror” justificada como “una cruzada contra los terroristas en defensa de la civilización”, tal como lo mencionó George W. Bush el 19 de septiembre de 2001, a pocos días después del ataque de Al Qaida contra el Wall Trade Center y a la que en

³ Ver Baudrillard (2003). En su trabajo sobre la “Violencia de lo mundial”, Baudrillard sugiere que el atentado terrorista contra el 9/11 fue más que un simple ataque contra la realidad, contra los edificios, o contra las víctimas, sino que fue sobre todo un atentado contra dos torres que en su conjunto constituían el “símbolo” del *status quo* occidental. El discurso se forja en base a símbolos, por lo cual aporte se aplica a la noción de discurso que utilizamos en el presente análisis.

⁴ Ver Bull (1977). En el concepto de sociedad usado por H. Bull se pueden notar tres rasgos característicos de la misma, y que ciertamente son aplicables ya no solo en un nivel internacional, sino global, donde los individuos son también, como los denominaría N. Onuf (2013), agentes que interaccionan entre sí. La sociedad internacional en primera instancia, y global en la actualidad, de acuerdo a Bull se basa en la coexistencia de tres elementos propios de las tradiciones hobbesiana, kantiana y grotiana: “el elemento de la guerra y la lucha por el poder entre los actores, el elemento de la solidaridad transnacional y el conflicto, y el elemento de la cooperación e interconexión entre actores” (39), todo esto frente a amenazas, recursos y necesidades compartidas en diferentes fases temporales. Para efectos de este estudio, la amenaza inminente es el terrorismo.

gran medida ayudaron a justificar los medios de comunicación a través de las grandes cadenas televisivas internacionales. De cualquier modo, hay que destacar el hecho de que la llamada “Guerra contra el terror”, en la praxis, poco o nada tuvo relación con una verdadera batalla contra el terrorismo, no por la ausencia real de una amenaza terrorista, sino que el “enemigo” nunca fue definido, invalidando de principio la noción de una guerra real si nos apegamos al sentido conceptual estricto de la palabra. En este sentido, la idea de “Guerra contra el terrorismo” es una metáfora creada con un fin utilitario: direccionar la política exterior de Estados Unidos post 9/11; una política que legitimó las invasiones llevadas a cabo por Washington y sus países aliados contra otros estados de primordial interés geopolítico y económico para ellos. De cualquier manera, lo que no podemos dejar de lado es el hecho de que la llamada “Guerra contra el terror” ciertamente se convirtió en un pilar del actual discurso del terrorismo en su acepción actual, y para legitimarse necesitó del uso de otro elemento que ciertamente forja el discurso: la propaganda.

- *El discurso del terrorismo, sus elementos y actores*

El 21 de septiembre de 2001 el ex Presidente George W. Bush, en su discurso frente al Congreso de los Estados Unidos estableció algunas de las que serían las bases del actual discurso del terrorismo global cuando, entre muchas otras frases en alusión a lo que se convertiría en la “Guerra contra el terror”, mencionó: “Nuestra guerra contra el terror comienza con Al Qaeda, pero no termina ahí” (cit. en Gorka, 2008, pág. 47).

Para empezar encontramos claramente que en esta frase, a pesar de su brevedad, existe un gran contenido conceptual y simbólico –en la forma en cómo Baudrillard usa el concepto de símbolos como elementos claves del discurso–, que delinean la ruta que dirige la construcción social del terrorismo y su discurso. En este sentido, vemos que en la “guerra

contra el terror”, entendida de acuerdo a las palabras de Bush, se presenta una dicotomía clave para comprender el discurso en estudio. Por una parte se encuentra la figura del “enemigo” político definido e identificado: Al Qaeda, un grupo que en efecto usa el terror como una forma de violencia política y cuyo líder había declarado de manera directa a través de varias fatwas su confrontación no solo a los Estados Unidos, sino a todo occidente y al orden mundial, mismo que en realidad deja de ser un orden para convertirse en un sistema caótico (Baudrillard 2003, 20), donde el estado pierde su condición de actor solitario y se enfrenta a la inclusión de otro tipo de actores, especialmente los terroristas. De cualquier modo, retornando a la frase de Bush, encontramos la cara inversa de la moneda, donde se reconoce la existencia de un enemigo que “no termina ahí”, que no termina en Al Qaeda y que ciertamente no se sabe dónde terminará.

Justamente este es el principal problema que introduce el discurso del terror global, donde lo primero que se observa es que a pesar de que aparentemente existe un enemigo de sentido político -el terrorismo-, este se ha construido en base a unos límites categóricos que nunca han llegado a estar bien definidos, aun cuando Al Qaeda, aparece en las palabras de Bush como un enemigo objetivo, del cual se sabe todo y ante el cual se justifica una guerra. Sin embargo, la realidad se presenta de una manera completamente diferente debido a que ni Al Qaeda, ni actualmente el Estado Islámico, ni el terrorismo como categoría general, son enemigos objetivos de los cuales se sepa algo con precisión, ni siquiera, la ubicación exacta de sus líderes y mucho menos la ubicación o identidad de los miles de seguidores y miembros dispersos por todo el mundo, incluso en los estados occidentales, como se ha demostrado en muchas ocasiones. Por lo tanto el terrorismo se convierte en y es, de facto, un enemigo en construcción permanente, del cual no se sabe otra cosa que los actos que se han consumado en su nombre y que se auto atribuyen las diferentes organizaciones o células terroristas

(“propaganda por el hecho”). Por ende, toda la información adicional que se tenga simplemente reposa en el campo de la especulación, debiendo en este caso preguntarse ¿cómo puede ser enemigo algo que no se conoce? –sobre todo cuando si se aplica la misma lógica en inverso, los grupos terroristas tienen muy bien definido cuál es su enemigo y lo conocen a tal punto que son capaces de atacar y acertar en el punto de mayor fragilidad del sistema, como lo hicieron en el atentado contra las Torres Gemelas (Baudrillard 2003, 21).

La respuesta a esta cuestión reposa en la propuesta de Carl Schmitt (1932) cuando analiza la relación dialéctica que existe entre quienes se mantienen en el poder y quienes se oponen ciertamente a los primeros y/o al sistema. En este sentido, en las palabras de Schmitt el enemigo es aquel que “se opone combativamente a otro conjunto [político] análogo” (58). Cabe recalcar que si bien es cierto la analogía no se da en el campo de las características propias de un estado en contraste con las de un grupo terrorista, se da en el nivel de los intereses políticos que tienen ambos frentes. En el caso del Estado occidental busca mantenerse como único actor frente al llamado orden mundial y por ende expandir sus valores sociales, políticos, económicos y culturales a nivel global. Por su parte, los grupos terroristas buscan sistemáticamente quebrantar este orden y dar mayor oportunidad a la implantación a nivel estatal, o incluso internacional, de sistemas políticos más aparentes a sus convicciones y motivaciones ideológicas⁵.

⁵ En el caso de Al Qaeda, considerado por muchos como el precursor del terrorismo global, es claro que su objetivo central no ha sido el de implantar o convertirse en un actor análogo a un estado sobre la base de las características que dotan a este de su condición ante el derecho internacional. Sin embargo, el objetivo político de la organización de acuerdo al mismo Bin Laden era el de abrir el camino para que en un futuro se lograra establecer una estructura social, análoga al estado, que implantara sistemáticamente los principios de la ley sharia. En la actualidad esto ha sido de algún modo alcanzado por el Estado Islámico, organización terrorista que en la práctica ha conseguido emular a un estado, apoyándose en las capacidades físicas y administrativas previas de estados reales como lo son Siria e Iraq (Wood 2015, 80).

Así, vemos que si bien es cierto el terrorismo sigue siendo un enemigo espectral, sí está en una posición de combate que se ha consumado por medio de los varios atentados y demostraciones de violencia política contra varios objetivos simbólicos del sistema occidental –como en los atentados contra las Torres Gemelas, el Pentágono, el semanario parisino Charlie Hebdo, entre otros-, por lo que es ineludible el aceptar que en efecto, existe un enemigo con fines políticos enfocados en colocar la balanza de poder a favor de sus intereses desestabilizadores.

De cualquier modo, el principal problema se encuentra al intentar definir quién es la persona o las personas que dan forma a este enemigo de alcance global, del que todos conocen, pero que es invisible a la vez. Es por lo tanto aquí cuando entra en juego nuevamente el discurso: un discurso cuyo actor antagonista se va creando conforme a la información oficial provista por el Estado en su pelea contra el terror. Al mismo tiempo es claro que ante este escenario, el Estado necesita de un aliado con el objetivo de difundir propaganda a su favor, y este rol ha sido desempeñado indiscutiblemente por los medios de comunicación, quienes en base a la “poder moral” que se les ha atribuido desde la misma sociedad⁶, tienen la capacidad de influir en los imaginarios colectivos, siendo, como se mencionó anteriormente, la vía para que el discurso del terrorismo alcance su condición global (Clutterbuck 1985, 20). Adicionalmente, es el rol de los medios el que permite que se legitime el discurso al momento que difunden la información y las nociones que intentan delimitar el concepto del enemigo, darle un rostro, una nacionalidad u origen étnico y resolver de esa forma su falta de identidad, a pesar de que la definición de “terrorista” o de “terrorismo” que proponen sea muy ambigua. Todo esto pasa, debido cercanía conceptual que tienen las

⁶ En el capítulo 3 se analiza como éste “poder moral” se constituye en una condición de *auctoritas*.

imágenes publicitadas por los medios a las definiciones legales propuestas por las agencias especializadas antiterrorismo de los estados, independientemente del régimen jurídico que las regule. Es de esta forma que ante una situación en la que no se puede conseguir una definición precisa de “enemigo”, de “terrorista” y de “terrorismo”, sirve la idea de Schmitt sobre la personificación del enemigo.

Schmitt (1932) sugiere que cuando el enemigo político no es plenamente identificable dentro de las relaciones comprendidas en la esfera de lo político, se corre el riesgo de que las fuerzas que tienen el control o el poder busquen legitimar su lucha por medio de la creación de un discurso en el cual el “enemigo”, mas no el competidor, basta con que sea “un otro” o “un extraño”, cuya pura existencia represente un riesgo para la estabilidad del sistema. Para que este sea considerado como tal “...basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo” (57). En referencia a esto, es necesario aclarar que el “enemigo” no se convierte en un competidor en la carrera al poder, sino que simplemente su esencia representa el inicio de una relación antagónica con el sistema, por lo que su existencia debe extinguirse pues caso contrario la estabilidad de las estructuras que sostienen al sistema pueden ser vulneradas o inclusive destruidas. Siguiendo este patrón y comparando la visión de Schmitt sobre la construcción del enemigo con la realidad de la “guerra contra el terror”, encontramos que la proposición, casi de sentido teleológico del autor, se corrobora desde el momento que para occidente el enemigo puede ser cualquier otro, o cualquier extraño que amenace contra la estabilidad vagamente definida por Bush como “civilización”. Por lo tanto, es inevitable el que en la “guerra contra el terror” se caiga en el riesgo de que cualquier persona, por el simple hecho de ser extraña o diferente al ciudadano “civilizado” promedio, sea considerada como “enemiga”, invalidando, paradójicamente, el discurso y principio básico del régimen de derechos humanos según el cual todos somos inocentes hasta

que se demuestre lo contrario. Ahora, más bien, todos podemos ser considerados culpables o por lo menos sospechosos de ser aliados del terrorismo, más aún cuando se pertenece a una minoría en apariencia “no civilizada”.

- *Evolución histórica del terrorismo y su discurso*

Hasta aquí es claro que el terrorismo post 9/11 ha dado paso a un nuevo discurso que difiere sistemáticamente de la forma en cómo el fenómeno del terror ha ido tomando lugar a lo largo de la historia de la humanidad. De hecho, si nos remontamos a las primeras fases de lo que se conoce como terrorismo, encontramos que este ha ido variando en su forma, elementos y actores desde sus primeras expresiones hasta la actualidad, corroborando lo que ya se había mencionado con anterioridad en referencia a la característica de la variabilidad y mutación que tienen los discursos a lo largo del tiempo. Es así que el terrorismo consiste en una práctica que en realidad no tiene un sentido de modernidad, sino que ha estado presente en la historia del hombre desde épocas remotas en las que las estructuras sociales empezaban a tomar forma política. Así, al hablar de esto, Eduardo González Calleja (2013), basándose en la ideas de Clifford Geertz, ha señalado objetivamente que “cada sociedad histórica, y en su seno cada cultura política, ha acuñado su propia forma de terrorismo” (10). Por ejemplo, tal como lo menciona Avilés Farré (2013), “los romanos ya utilizaban el sustantivo terror y el verbo terrere (aterrorizar) tanto en el contexto bélico como en el penal, en expresiones como *terrori hostibus ese* (ser el terror de los enemigos) o *terrere aliquem magnitudine poenae* (aterrorizar a alguien con la magnitud de la pena)” (14). Es así que el uso del terror en Roma se limitó a dos ámbitos y actores específicos. En primer lugar, el terror se ejecuta como una práctica del Imperio Romano frente a sus enemigos, es decir, a diferencia de lo que sostiene el discurso actual, el terror se usó como una práctica para mantener y defender el status quo

frente a la amenaza del enemigo. Por otra parte, la provocación sistematizada del terror se usaba como método de castigo penal contra los privados de su libertad, algo que difiere de las prácticas penales de hoy en día, mismas que se basan en la defensa de penas pro personae o pro reo –a pesar de que, se ha comprobado el uso sistemático de la tortura por parte de Estados Unidos en sus cárceles y centros interrogatorios para la lucha contra el terror, como es el caso de la prisión de Guantánamo. De cualquier manera, lo que es importante en este aspecto es que dentro de la esfera del discurso del terrorismo actual, nunca se establece al “terror” como un mecanismo de sanción, sino como una práctica en forma de violencia política para atacar a la sociedad mundial caracterizada por ser cada vez más interdependiente y globalizada (Reinares 2003, 47).

De igual forma, podemos encontrar que igualmente el terror jugó papel importante durante la *régime de la Terreur*, durante el liderazgo de Robespierre en Francia (1793-1794) donde por primera vez el terror tomó una forma explícitamente política con la finalidad de defender y sostener a la Revolución en contra de sus enemigos, ciertamente políticos. Además, se ve que en esta etapa el terror no solo se convirtió en una táctica de lucha contra la oposición, sino que se dio a entender como un tipo de régimen en sí mismo (Avilés F. 2013, 14-15). Esto resulta en un precedente a lo que años más tarde se llegaría a conocer como el terrorismo de Estado y que tuvo un conocido accionar principalmente durante la segunda mitad del siglo XX. Ahora bien, la diferencia entre el terrorismo patrocinado por el Estado moderno y el régimen de Robespierre es el alcance reducido a lo doméstico de este, mientras que el terrorismo estatal de la segunda mitad del siglo XX poseía una capacidad de alcance internacional por medio del soporte y asistencia brindada por agencias de inteligencia como la CIA o la KGB a organismos o agrupaciones políticas, militares, nacionalistas o religiosas que se oponían a regímenes –como el de Chile bajo el Gobierno de Allende, o a

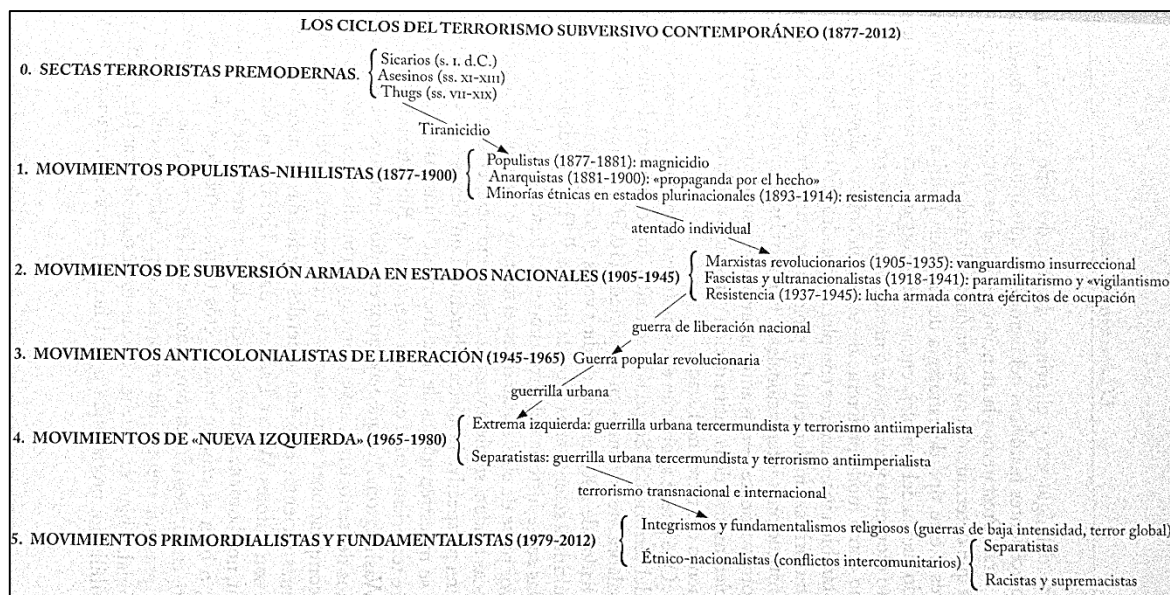
los diferentes gobiernos israelíes respectivamente-, o a movimientos sociales de corte nacionalista-terrorista –como el caso de los Mujahiden en Afganistán, o ETA en España-, cuya fuerza política representaba una amenaza al sistema de dominación global imperante (Reinares 2003, 40-41).

Muestras posteriores de terrorismo, en sus formas divergentes de cómo lo entendemos hoy en día –dentro de los límites del discurso del terrorismo actual-, se encuentran en las prácticas ejecutadas por los narodnikies, miembros del grupo opositor al zarismo de Alejandro II, Narodnaya Volia (Voluntad del Pueblo), quienes usaban al asesinato como medida de lucha contra la opresión impuesta por el régimen zarista contra sus pobladores, quienes no entraban necesariamente en la categoría de enemigo político sino de súbditos, todo esto durante 1880 y 1881 (Avilés F. 2013, 15). Al mismo tiempo, la calificación social de esta práctica fue de carácter positivo dado que se buscaba aterrorizar al zar –quien fue asesinado finalmente en 1881- y a sus colaboradores con el objetivo central de alcanzar mejores sistemas de educación de las masas para lograr su movilización y lucha por su propia liberación, doctrina impulsada por el extremista italiano Carlo Pisacane (Jordán 2010, 147). Es así que al comparar esta forma de terrorismo con el propuesto por el discurso actual, vemos que el terrorismo dentro de los narodnikies era visto por la sociedad en general como un acto de carácter positivo, mientras que hoy, toda forma de terrorismo es condenada, pues no se justifica el uso de la fuerza en primera instancia, y menos del terror con fines políticos. Esto, más allá de la significación moral, representa un cambio esencial en el discurso que contiene al terrorismo moderno.

Finalmente, siguiendo esta misma línea del desarrollo histórico del terrorismo como discurso, podemos encontrar una evolución en cuanto a características, actores e implicaciones, mismas que de acuerdo a la propuesta de David Rapoport (cit. en González

Calleja 2013, 15-19) se pueden clasificar en cinco etapas o ciclos tal como se muestran en el gráfico 1 y cuyo análisis podría ser objeto de otro estudio.

GRÁFICO 1. LOS CICLOS DEL TERRORISMO SEGÚN RAPOPORT.



Fuente: Tomado de González Calleja (2013)

En este gráfico se puede apreciar cómo el terrorismo ha ido cambiando su forma y características fundamentales, teniendo, por ejemplo, un proceso evolutivo del terrorismo, donde la lucha se ha ido tornando cada vez más global y menos local. Es decir, al hablar del terrorismo dentro de la perspectiva de los movimientos populista nihilistas, como el caso de los narodnikies, es completamente diferente al hablar de la perspectiva del uso del terror según la cosmovisión del conflicto de los líderes de Al Qaeda o del Estado Islámico. De hecho, en este ámbito no solo vemos que las características cambian no solo en el ámbito del alcance e impacto geográfico del acto terrorista, sino también en el de las motivaciones que existen detrás de los mismos. Por ejemplo, al hablar del caso del terrorismo de la segunda fase (1905-1945) vemos que el terror es usado sobre la base de un impulso ideológico dividido en tres grandes frentes —el marxista, el fascista y ultranacionalista, y el de resistencia

contra los ejércitos de ocupación-, teniendo como elemento en común el objetivo de conseguir la liberación nacional en un “contexto político más propicio a la autodeterminación y la descolonización” (González Calleja 2013, 17). Por otra parte, hoy notamos que en el discurso moderno del terrorismo, mismo que se encasilla dentro de la quinta oleada terrorista, la principal motivación es la religiosa, misma que para los movimientos fundamentalistas islámicos está estrechamente ligada al elemento político de lucha anti-sistémica. Es decir no se trata de una lucha en el marco de una coyuntura netamente política, sino que también se extiende a zonas más amplias de la heterogeneidad de las culturas. Finalmente, dentro de las diferenciaciones que se pueden hacer dentro de las oleadas anteriores del terrorismo con el que se incluye dentro del discurso actual es el rol que tiene el uso mismo del terror, dentro del conjunto de prácticas de lucha. En este sentido, de acuerdo al esquema propuesto por Lawrence Freedman (2008), hoy en día el terrorismo es usado como un método estratégico antes que táctico o auxiliar, significando que actualmente el uso de terror es la característica principal de los grupos terroristas pues ante un ataque que involucre el terror masivo es mejor obtener un alcance global para mismo, por lo que se considera a prima facie que esto es el determinante del éxito o fracaso de un atentado con fines políticos en la actualidad.

Consecuentemente, retomamos el hecho de que la “propaganda por el hecho” es una condición sine qua non para la existencia del terrorismo. En otras palabras, a pesar de que el terrorismo ha ido cambiando progresivamente a lo largo de la historia, y por ende el discurso que lo contiene, existen ciertos elementos o características sin los cuales el terrorismo no podría haber existido jamás. Entre ellos podemos encontrar, por ejemplo, que el terrorismo es la expresión máxima del uso del terror con fines políticos, dado que es, de facto, una forma

de violencia política⁷. Por otra parte también encontramos que dentro de la lógica del terrorismo, el obtener la “propaganda por el acto” es también una característica y condición que sostiene el ideal mismo de esta forma de violencia, pues sin la propaganda post-atentado, no se lograría tener el reconocimiento público de la organización como un enemigo del sistema al que ha atacado. Adicionalmente, es importante recalcar el hecho de que el atentado aparece de igual forma como una condición sin la que el terror no podría existir, pues el acto es el que consume el objetivo central de la lógica terrorista, misma que es aterrorizar a un segmento específico de la población o a toda por medio de un o varios actos que sienten precedentes de pánico y conmoción social. Ante esto, Reinares (2003) sugiere que el terrorismo tiene como objetivo atacar, es decir llevar a cabo un atentado, en el cual los blancos y su destrucción lleven un mensaje condicional que afecte la psiquis de la sociedad. Por lo tanto, “el menoscabo o destrucción de esos blancos, la muerte o mutilación de las víctimas, se utilizan para transmitir mensajes y dotar de credibilidad a sus posturas y objetivos políticos, lo que convierte al terrorismo en un virulento método, tanto de comunicación y propaganda, como de control social” (17).

- *¿Cómo entender el discurso actual del terrorismo?*

En la actualidad el discurso del terrorismo contiene los mismos elementos de condición sine qua non que ha presentado desde sus primeras etapas; pero al mismo tiempo incorpora nuevos elementos y actores que han dado paso a los diferentes imaginarios colectivos y representaciones que lo definen.

El discurso actual del terrorismo sigue teniendo al acto, y los grupos que lo comenten como actores centrales del mismo. Consecuentemente el terrorismo sigue siendo una forma

⁷ Ver Clutterbuck (1985, 13), González Calleja (2013, 11-16), Held (1997).

de violencia política que tiene como objetivo central general el desestabilizar el status quo del sistema político y económico global imperante, además de sus estructuras legales, administrativas y sociales (Merlos 2008, 27). Al mismo tiempo busca, por medio del uso de la propaganda difundida a través de los medios de comunicación masiva catalizar y alcanzar ciertos objetivos específicos que Merlos (2008) resume en los siguientes puntos (tabla 1):

TABLA 1. OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE LOS GRUPOS TERRORISTAS POR MEDIO DEL USO DE LA PROPAGANDA.

No.	Objetivos específicos
1	Mantener la cohesión interna del grupo y aumentar la motivación y moral grupal entre los miembros de la asociación terrorista
2	Captar nuevos adeptos que se sumen a la causa
3	Aterrorizar a la población enemiga y minar la confianza que deposita en sus gobiernos
4	Transferir la culpabilidad de sus actos por medio de la deslegitimación de los gobiernos enemigos, y por medio de la racionalización de los actos
5	Generar simpatía y apoyo entre las propias bases sociales que concuerden con las propuestas e ideología del grupo, y
6	Erosionar la moral del enemigo hasta convencerle que los elevados costes de la “lucha contra el terror” no son llevaderos, obligándolo a desistir del combate.

Fuente: Adaptado de Merlos (2008)⁸

Consecuentemente, vemos que la lógica terrorista actual, al tener un conjunto de objetivos requiere de un mecanismo de comunicación lo suficientemente efectivo que le permita tener alcance global, y es aquí donde entra nuevamente el rol de los medios de comunicación masiva -no solo en su carácter tradicional sino que también en la versión actual basada en internet y redes sociales- siendo catalizadores del objetivo, pues no son sino ellos quienes permiten que los grupos terroristas obtengan la “propaganda por el hecho”.

⁸ Es necesario mencionar que dentro del texto original de Merlos (2008), todos estos objetivos son establecidos y aplicados sobre la base de la lógica del terrorismo yihadista. Sin embargo, por motivos de una aplicación teórica más general se ha adaptado los mismos para que tengan un alcance más amplio en el aspecto temporal y espacial del fenómeno terrorista como discurso.

Sin embargo, algo que debemos tomar también en cuenta es que ante el escenario actual los medios ya no se limitan a informar sobre los hechos, sino que también llevan consigo una función comunicativa que transmite los mensajes y representaciones proporcionadas por los estados en su “guerra contra el terror”. Por lo tanto, es claro que el discurso del terrorismo actual contiene un elemento nuevo que nunca se había incorporado sino hasta la respuesta estadounidense a los ataques post 9/11, “la guerra contra el terror global”, para la cual se ha creado un nuevo lenguaje, nuevos mecanismos de propaganda, difusión y legitimación, y no solo eso, sino que se han usado a los medios de comunicación como canalizadores de todo este nuevo lenguaje, mismo que aún a pesar de su ambigüedad, ha ido estableciendo y redefiniendo los imaginarios colectivos sobre “el terror”, el “otro”, el “extraño” y el “enemigo”, tal como ya se mencionó con anterioridad.

Es así que los medios ya no solo exponen los hechos o actos cometidos por los terroristas, sino que también proporcionan toda la cobertura y soporte a la “lucha contra el terror”, una lucha que no se ha llegado a definir objetivamente nunca, pero que a pesar de ello se ha expandido a esferas y plataformas internacionales y globales. Una de ellas es la Organización de las Naciones Unidas, la cual en la resolución producto de la Conferencia Mundial de 2005 expresa y ratifica su postura en defensa de la lucha internacional contra el terror y que se resume en los siguientes tres artículos:

“81. Condenamos enérgicamente el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones, independientemente de quién lo cometa y de dónde y con qué propósitos, puesto que constituye una de las amenazas más graves para la paz y la seguridad internacionales.

84. Reconocemos que podría considerarse la posibilidad de convocar una conferencia de alto nivel, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, para dar una respuesta internacional al terrorismo en todas sus formas y manifestaciones.

87. Reconocemos la importante función que desempeñan las Naciones Unidas en la lucha contra el terrorismo y también destacamos la contribución vital de la cooperación regional y bilateral, en particular en el nivel práctico de la cooperación

para la aplicación de la ley y el intercambio tecnológico.” (Organización de las Naciones Unidas 2005)

Al analizar estos tres artículos es notorio que se utiliza el mismo lenguaje que el empleado por gobiernos occidentales con sistemas y programas para la “lucha contra el terror”, así como por los medios de comunicación masivos, especialmente las grandes cadenas internacionales de noticias como la CNN, la BBC, ABC News, entre muchos otros. Se puede hablar de un discurso compartido entre esos tres grandes frentes que toman el lugar de actores principales del “contra-terrorismo” dentro del discurso del terrorismo que lo contiene, siendo que estos tres actores no solo comparten un mismo lenguaje, sino las mismas ambigüedades conceptuales que dan paso a problemas como el de la determinación de cuál, en efecto, es el rostro del terrorismo.

En este escenario el terrorismo actual ha sabido explotar su poder comunicacional, valiéndose de todas las ventajas provenientes de la evolución de los medios de comunicación masiva para difundir noticias, ideología y propaganda. El mensaje detrás de la terrorismo se convierte en explícito y sugiere que el protestar contra las fallas del sistema de forma pacífica no es efectiva, por lo cual se necesitan mecanismos violentos para forzar el cambio dentro del sistema (Turk 2004, 275). El terrorismo actual plantea el uso de la violencia a niveles de alcance global como medio para romper con el status quo y el estado de derecho, infundiendo el terror y condicionando las acciones de no solo los líderes políticos de los países íconos del proceso globalizante, sino también de sus pobladores, quienes son considerados, tal como lo mencionaría Osama Bin Laden en su primera fatwa, cómplices del sistema al contribuir y financiar las políticas de Estado hostiles contra los países árabes (Reinares 2003, 114-116). Por lo tanto, a pesar de que el terrorismo carece de una identidad, el discurso actual y la difusión de la información de las agencias anti-terroristas a través de los medios de

comunicación ha ido diseñando una imagen de enemigo, estereotipada, pero que se ha convertido en un indicador de peligrosidad, de riesgo o amenaza inminente para el sistema o incluso un potencial aliado del terrorismo yihadista.

Dado este escenario se pueden encontrar tres ideas como parte del discurso del terrorismo actual fundamentadas en las acciones estratégicas de los grupos terroristas y dadas a conocer al mundo por los medios de comunicación, así como por la “guerra contra el terror” por esta misma vía. En el primer caso encontramos que los actos terroristas de hoy en día se han presentado, debido a la acción de los medios de comunicación, como actos de alcance global, dado que el impacto que alcanzan al ser reproducidos una y otra vez por agencias de noticias o redes sociales de todo el mundo, no se limita a una localidad o país solamente, sino que llegan a ser noticias globales y por ende afectan a la psiquis de los pobladores de la llamada “sociedad global”. En este sentido vemos que un grupo terrorista puede llegar a beneficiarse doblemente de la acción de los medios de comunicación como difusores de la noticia generada por el atentado y la justificación colateral de las políticas estatales antiterroristas que a su vez generan propaganda de rebote para el terrorismo, facilitando el alcance de los objetivos mencionados anteriormente (ver tabla 1). Por esto el terrorismo actual, sobre todo al que se refiere el discurso del terror moderno, se consolida en el imaginario colectivo como un “terrorismo global” dentro del esquema del discurso.

Adicionalmente, la mayor parte del terrorismo se presenta en la forma de un movimiento privatizado que no contiene un apoyo estatal, sino que se maneja por sus propios recursos, mismos que en cierto punto pueden llegar a ser tan o más altos que los presupuestos de Estados reales de facto y de jure ante el derecho internacional. Esta situación representa ciertamente un desafío para la estabilidad del “orden mundial” de carácter westfaliano en el que vivimos dado que los grupos o asociaciones terroristas pueden llegar a ser tan fuertes que

incluso pueden tener ellos mismos la capacidad de financiar a gobiernos –como en el caso de Al Qaeda al gobierno talibán de Afganistán antes de la invasión norteamericana (Reinares 2003, 50), o más allá de eso, puede darse el caso en el que un grupo como el Estado Islámico, proponga y ejecute la implantación de un régimen, que sin ser un Estado, adopte y ejecute características, roles y estructuras atribuidas de acuerdo al derecho internacional solo a los Estados, pero que como se ha demostrado, pueden ser adoptadas por grupos como el Estado Islámico quien ha proclamado la creación de un Estado en igualdad de derechos a todos los demás que componen el sistema internacional, todo esto sobre la base del llamado califato liderado por Abu Bakr al-Baghdadi.

No obstante, el hecho de que la mayoría de movimientos terroristas cumplan con estas condiciones, no significa ipso facto que todos los grupos terroristas quepan dentro de la categoría “global” en razón de lo que sugieren las campañas propagandísticas de los gobiernos difundidas en los medios de comunicación masiva. Encontramos que gracias a esto se ha creado una aplicación globalizada equívoca del concepto de “terrorismo” (Koshy 2009, 44). Esto es sin duda una falsificación de la realidad y el concepto cuyo origen estaría en la imposibilidad de identificar con precisión quién es el enemigo político. Por esto que, por ejemplo, al hablar de cualquier grupo terrorista, el colectivo social lo relaciona directamente con el terrorismo “yihadista”, o en su defecto se piensa que por lo menos tiene el mismo carácter, objetivos, tácticas y estrategias que el resto de agrupaciones que sí tienen un alcance global⁹.

⁹ Koshy (2009, 45) sugiere que el presentar a todas las organizaciones de corte terrorista, independientemente de su tamaño, motivaciones, alcance, entre otras características, como organizaciones globales o ligadas a redes de terrorismo global, simplemente refleja la incapacidad o falta de interés de los gobiernos de solucionar los problemas sociales y políticos –nacionales o locales- que en realidad dan origen al uso de la violencia y el terror como medida de protesta, por lo que es más fácil y sencillo culpar al terrorismo “global” de lo que sucede dentro de sus fronteras en vez de generar política públicas que den respuestas efectivas al descontento social y que prevengan el apareamiento y proliferación de redes de terrorismo local o nacional.

La segunda idea -igualmente sesgada-, que ha sido introducida por el discurso de la “guerra contra el terror”, es el hecho de que al conflicto y al origen del terrorismo se le da un carácter puramente militar –partiendo del uso de la palabra guerra-, logrando desviar la atención de la opinión pública sobre carácter real del problema y obteniendo un mayor apoyo de la misma en la confrontación armada contra un enemigo del cual no se sabe con precisión su identidad, ubicación, tamaño real, etcétera. De hecho el uso mismo del concepto de guerra tiene una base completamente propagandística con el objetivo de lograr el mayor apoyo de la opinión pública y su empleo fue ciertamente pensado con el fin de usar una analogía conceptual altamente cimentada en la historia de Estados Unidos -principalmente tras sus diversas confrontaciones bélicas anteriores que a diferencia de la lucha contra el terrorismo, sí se daban en escenarios donde el enemigo era un actor definido (Crenshaw 2008, 19). Justamente este fue el mecanismo del gobierno de Bush para justificar la “cruzada a favor de la civilización”, siendo su afirmación una herramienta que empleó metafóricamente la figura de la “guerra” con el fin de implantar la idea de que el problema era en sí mismo la guerra iniciada por los terroristas, y cuya solución solo se obtendría por medio del uso de las mismas tácticas y estrategias, distorsionado desde la raíz el verdadero problema que da origen al terrorismo. Ante esto es claro que en primer lugar el terrorismo se origina como la ultima ratio de la protesta contra problemas sociales, políticos, religiosos, y de manera más general y extensa, culturales, propios de la relación dialéctica existente en el escenario del conflicto del poder entre quienes lo poseen y sus contestatarios. No obstante, el hecho es que en efecto la idea de la “guerra contra el terror” ya no solo se limita a los estados occidentales, sino que se ha convertido en parte clave del lenguaje global utilizado en la esfera de la seguridad mundial –no por nada la resolución final de la Cumbre Mundial de la ONU de 2005 incluyó este mismo lenguaje y pasó con votación unánime de los países miembros- confirmando la

legitimidad que en principio ya había sido otorgada por la opinión pública gracias a la propaganda difundida por los medios de comunicación.

De esta forma cabe concluir que el discurso del terrorismo actual se compone, por lo tanto, de ciertos elementos específicos, dentro de los cuales, al igual que en todas las fases anteriores del terrorismo, tanto el acto, la expresión por medio de la violencia política, y el uso de la propaganda, son elementos constantes dentro del discurso. Sin embargo, la inclusión de la categoría de la “Guerra contra el terror”, resulta ser la característica esencial que da forma a la fase presente del discurso. Es de esta manera que la introducción de este nuevo elemento da paso a una etapa en la que, por ejemplo, la propaganda no solo es utilizada por los grupos terroristas, sino que también es empleada por los estados y organismos internacionales como medio para legitimar la ofensiva contra el terror, aun cuando la definición misma de la lucha resulta demasiado ambigua y polisémica. Incluso, este uso de la propaganda ha sido empleada para dar un sentido de validez moral a doctrinas de corte militar como la del “ataque preventivo” o de “primer golpe” (first strike) impuesta por Bush paralelamente a la “guerra contra el terror”, para justificar las invasiones a Afganistán e Irak. De igual forma, el nivel de alcance de la propaganda de ambas partes en esta nueva fase del discurso, difiere sustancialmente de la de las olas anteriores debido a la evolución de los medios de comunicación, mismos que han pasado de ser medios de comunicación locales, a medios de difusión masiva globales, tomando en cuenta, además, un factor fundamental que sin duda ha cambiado la forma en cómo se dan los procesos de traspaso de información: la aparición y cada vez mayor desarrollo de las plataformas basadas en las múltiples ventajas del internet, redes sociales, y traspaso de información virtual.

En consecuencia, se puede ver con claridad que el discurso del terrorismo de la actualidad tiene una naturaleza muy compleja llena de ideas que se sobreponen unas a otras y que en

muchos casos carecen de objetividad no solo semántica, sino también política, teniendo como resultado un discurso lleno de ambigüedades y de representaciones opuestas de lo bueno y lo malo, del amigo y del enemigo, de la defensa versus la ofensa, entre muchas otras relaciones dialécticas que se resumen en el problema de la lucha por el poder por medios que explotan en sí mismo la violencia política y su capacidad comunicativa. En respuesta a eso, es la mediatización del conflicto la que ha permitido dar forma a un discurso tan amplio que tiene alcances globales y un número demasiado amplio de representaciones y aplicaciones propias en el esquema de cada cultura sobre la faz de la tierra. Por ende, sabemos que el terrorismo y la lucha contra el terrorismo están presentes en el espectro de la política internacional, aun cuando no sepamos qué son estas categorías con exactitud. Sin embargo, es justamente gracias a la mediatización del discurso que en la actualidad conocemos sobre él, y sin duda alguna son los medios de comunicación de alcance global los que han facilitado este proceso a partir de dos frentes: el de la reproducción y difusión masiva de la noticia y la propaganda —en el caso de los medios tradicionales de comunicación como la televisión, radio y prensa—, y la facilitación de plataformas virtuales y redes sociales, no controladas ni censuradas, que permiten que la lucha por la legitimidad de la defensa y ofensa por y en contra del terrorismo se lleve a todos los rincones del planeta. Es así que solo cabe mencionar que el discurso del terrorismo actual no es sino el producto mismo de la evolución de los elementos que lo componen: el uso de la violencia política, llevada al extremo gracias a los avances de la tecnología bélica, la multiplicación exponencial del uso del terror como ultima ratio de protesta, y el uso y desarrollo de los medios de difusión masiva como difusores de la propaganda de los intereses propios de los actores que intervienen en el discurso (ver tabla 2). Ante este escenario, lo único que cabe es preguntarse cómo es que todos estos elementos convergen en un mismo escenario, y cómo es que este se presenta frente a la sociedad

mundial como un algo real que nos afecta de alguna manera, incierta muchas veces, a todos.

La respuesta: a través de los medios de comunicación masiva como constructores de la realidad.

TABLA 2. ELEMENTOS Y ACTORES DEL DISCURSO DEL TERRORISMO ACTUAL

Elementos	Actores
El acto terrorista	Los grupos terroristas
La violencia política	El estado
La guerra contra el terror	Los medios
La propaganda	La sociedad civil

,

Capítulo 2: Los medios de comunicación masiva como forjadores del discurso

Al hablar del problema del poder y su relación con la política es inevitable regresar a lo que Edward H. Carr ya había mencionado en 1939 cuando planteó que el problema de lo político se da solamente cuando entran en conflicto dos poderes que se contraponen¹⁰ y cuyos intereses pueden llegar a superponerse (102). En el poder se contienen las contradicciones que se dan en las relaciones sociales tanto dentro del nivel doméstico así como el sistémico o del global y que dan origen al problema político. En este escenario no es sino el poder que pueda llegar a ejercer el uno sobre el otro el que determinará hacia qué lado se torna favorable el balance de poder, siendo esta una realidad latente en el problema del discurso del terrorismo como un nuevo frente de poder dentro del sistema internacional.

No obstante, antes de analizar esto, y con el objetivo de entender de mejor manera el problema del discurso del terrorismo como un frente indiscutible de poder, hay que reemplazar la idea neo-realista de que el nivel de poder de un colectivo –más específicamente de un estado- no puede ser medido sino en términos de sus capacidades materiales¹¹, pues caso contrario la aplicación analítica del poder como elemento de la política se vería reducido únicamente al campo de la coerción, y no se podría hablar del ejercicio del poder a través del discurso como elemento condicionante de las acciones e ideologías de los miembros de una sociedad. Si aplicamos esta lógica del poder como suma de capacidades materiales al problema del discurso del terrorismo, resultaría innecesario de antemano el análisis mismo

¹⁰ En su trabajo E.H Carr (1939) hace una referencia explícita al poder estatal; sin embargo, la aplicación de su conceptualización del poder y de la política puede ser aplicada a otro tipo de relaciones que han ido apareciendo con el desarrollo histórico de la política global y sus nuevos actores, que en este caso incluyen no solo a los estados, sino también a actores no estatales que ciertamente tienen suficiente poder como para poder influir en las masas (p.e. los medios de comunicación masiva, las grandes empresas multinacionales, los grupos terroristas, entre otros).

¹¹ Ver Waltz (1979).

de cómo afecta el discurso, o simplemente el terrorismo como acto, a la política internacional, el balance de poder o en última instancia al ideal de la paz y seguridad mundiales.

Se podría argumentar que el poder de uno o todos los grupos terroristas no se compara al de un Estado medido en cantidad de capacidades materiales¹², ya que estas resultan definitivamente menores en calidad y cantidad que las de Estados Unidos, por ejemplo, e ínfimos ante las capacidades de una coalición de países de la llamada sociedad occidental, como es el caso de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que en la actualidad constituye la más grande potencia militar del mundo. Por lo tanto, si este fuera el caso, la amenaza terrorista no sería tan grande o importante como para merecer el lugar tan prominente que posee dentro de la agenda internacional, entrando en la categoría de una de las amenazas más graves para la paz mundial, tal como lo afirmó la ONU en 2005.

De cualquier modo, este no es el caso desde el momento en que no uno sino todos los estados representados en la máxima organización internacional, han reconocido que el terrorismo no es solo una amenaza a nivel sistémico sino también global.¹³ Por lo tanto, esta propuesta queda descartada como una justificación que invalide la necesidad de estudiar el problema del poder del terrorismo en base a su estructura discursiva. Al contrario de ello, se necesita entender la naturaleza del poder del terrorismo sobre la base de su carácter discursivo para entender por qué el terrorismo se ha constituido una amenaza en el escenario político internacional.

¹² Nye (2011) sostiene, en base a las propuestas presentadas por varios otros autores estudiosos del “poder” como coerción, que las capacidades se podrían medir de acuerdo a determinadas variables o recursos como la población, el territorio, recursos naturales, el poder económico, las capacidades militares, la estabilidad política, entre otros elementos. En base a esto es notorio que las capacidades de un estado son mayores a las de una agrupación terrorista, por lo que por ejemplo una amenaza proveniente del poder material de Rusia o China, países que podrían ejercer un contrapeso en el balance de poder, sería exponencialmente mayor a la del terrorismo.

¹³ Esta clasificación de niveles se hace en base a la ofrecida por Kenneth Waltz en su obra “*Man, the State and War*” (1959).

En primer lugar tenemos que el poder del discurso del terrorismo nace a partir del mismo concepto de las capacidades materiales ya que en realidad resulta imposible determinar un estimado de cuáles y cuantas poseen los grupos terroristas. Esto introduce un elemento que es típico dentro del campo de las relaciones entre estados y que ahora se ha extendido al campo del terrorismo: la incertidumbre. Al hablar de las capacidades materiales de un grupo terrorista, o varios de ellos, es imposible hablar de cifras exactas dado que el terrorismo, como ya se mencionó, es un enemigo sin identidad, del cual no se sabe, por citar algunas, su capacidad de control territorial, ni el número real de miembros activos de sus fuerzas militares, o la cantidad de armamento que posee, entre otros elementos que servirían como indicativo de la amenaza real que este fenómeno representa. Adicionalmente, uno de los principales elementos que agravan este nivel de incertidumbre es el hecho de que no se sabe si estos grupos poseen, o no armas de destrucción masiva, principalmente armas nucleares y su potencial de eficacia y peligrosidad. A este escenario se lo ha denominado como el “balance del terror” (Nye 2011, 142), mismo que inicialmente solo se aplicaba a la realidad propia de la Guerra Fría, pero que ahora incluye un nuevo actor –el terrorismo global-, del cual no se sabe qué esperar, o si por lo menos si actuará para ejercer una política disuasiva como la que manejaban las dos potencias hegemónicas durante la segunda mitad del siglo pasado y así aumentar el nivel de incertidumbre y la sensación global de peligro ante la amenaza.

En segundo lugar encontramos que es a partir de esta incertidumbre que el poder discursivo del terrorismo se acrecienta a tal punto que llega a posicionarse como una amenaza, no basada en su capacidad real –material- de coerción, sino por los efectos psíquicos desproporcionados que sus mensajes infunden en la sociedad enemiga (Horgan 2009, 26). Esto se da cuando al mismo tiempo que un grupo terrorista ataca contra un objetivo

físico –como en el 9/11 o mediante la decapitación de un corresponsal estadounidense, por mencionar algunos casos- además amenaza con realizar nuevos actos que incluyan el uso de nuevos métodos o vías para golpear en un futuro incierto al enemigo, sin definir con precisión cuáles serán. Además el lenguaje resulta ser muy ambiguo ya que siempre los grupos terroristas muy comúnmente usan un lenguaje meramente simbólico. Un ejemplo claro de esta acción dual de generación de incertidumbre y terror se presenta a través de las palabras utilizadas por el miembro del Estado Islámico “Jihadi John” –nombre no oficial pero difundido por los medios de comunicación internacionales- durante la decapitación del corresponsal Steven Sotloff en el video “A second message to America” cuando mencionó: “Usted Obama, una vez más, por sus acciones, ha matado a otro ciudadano estadounidense. Así que tal como sus misiles continúan matando a nuestra gente, nuestros cuchillos continuarán cortando los cuellos de su pueblo”.

Esta frase más allá de contener una amenaza que detalle de manera específica la forma en cómo actuará el Estado Islámico frente a X número de ciudadanos estadounidenses, solo da una advertencia de carácter simbólico que al ser reproducida de manera viral miles de veces en la red y cadenas televisivas globales, se coloca en el imaginario colectivo como una amenaza a la sociedad en su conjunto, con base en la incertidumbre de quién atacará, cómo, dónde, cuándo, etcétera, llevándonos nuevamente al problema del cual se habló al inicio de este documento, y condicionando la psiquis y la moral de todo el conjunto de personas cobijadas bajo la categoría de “su pueblo”, en la amenaza contra el Presidente Obama, y de todas los demás individuos bajo la categoría de “occidentales”.

A partir de esto el poder del terrorismo, como discurso, nace y alcanza su objetivo principal que es “extender el miedo, la inquietud, y la incertidumbre a una escala más amplia

que la que sería posible atacando solo a la víctima, para influir en el proceso político y en el funcionamiento normal que de ella se espera” (Horgan 2009, 26), tomando en cuenta que por víctima se entiende al sistema, más no a una persona. Así, al hablar del condicionamiento generado por el terrorismo y su discurso, estamos de acuerdo con lo que Robert Dahl definió como poder al momento que el terror consigue que los otros –las víctimas- “hagan lo que de otra manera no harían” (cit. en Nye 2011, 60). Ahora bien, el poder del terrorismo y su discurso no provienen de una capacidad material en su totalidad como se puede ver, aun cuando no podemos descartar que sí contiene rasgos de la misma, pero que sobre todo se da en el marco del poder de las ideas y de los imaginarios, una categoría conocida como soft power (Nye 2011, 62). No obstante, en este escenario es importante resaltar que el soft power no puede condicionar las actitudes de un colectivo de manera tan sencilla o veloz –pues esto se ha dado principalmente después del 9/11 hasta la actualidad-, a diferencia de la coerción que sí tiene un efecto inmediato. Para conseguir este cambio radical ciertamente se necesita de la asistencia de un actor fundamental que sirva como catalizador del poder del discurso del terrorismo: los medios de comunicación masiva.

- ***Los medios como soporte de los intereses de los poderes enfrentados en el discurso del terror***

Partiendo de la premisa expuesta en la sección anterior podemos recalcar que el “poder es y siempre ha sido un elemento esencial de la política” (Carr 1939, 102), y evidentemente el discurso del terrorismo tiene un carácter político dado que este es construido en base a los choques de intereses de los diferentes frentes de poder que confluyen en este escenario, siendo los dos principales el poder estatal y el de los grupos terroristas. No obstante, como mencionamos en el primer capítulo, dentro del discurso del terrorismo también se debe

incluir como frente de poder el de los medios de comunicación masiva como catalizadores del discurso, ya que son ellos quienes difunden las noticias, el lenguaje y los símbolos contenidos en él.

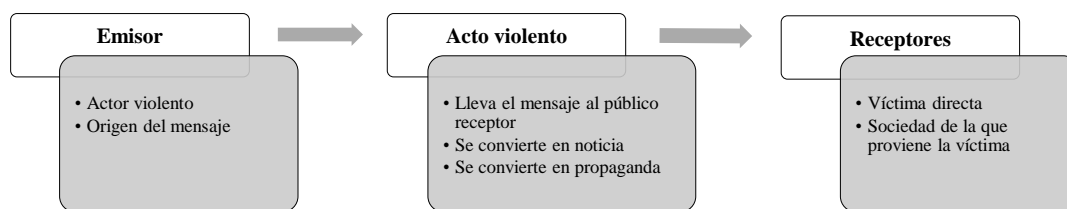
Ante esto, Noam Chomsky sugiere que “los medios son el soporte de los intereses del poder” (cit. en Fazio 2013, 17). Por lo tanto, siguiendo la lógica de los tres frentes de poder que se ven inmersos en el discurso del terrorismo como problema político, encontramos que los medios representan, a través de diferentes mecanismos, los intereses tanto de los grupos terroristas, a los de los Estados en su “guerra contra el terror”, y sus propios intereses, desde el momento en que la mayoría de medios de comunicación tienen una fin principalmente comercial (Held 1997, 200). En este sentido, para comprender de una mejor manera la forma en cómo los medios contribuyen a la consecución de los objetivos relacionados a estos tres intereses, se requiere, en primera instancia, entender cuál es la naturaleza actual de los medios de comunicación internacionales como los principales difusores de las noticias relacionadas a la violencia política, y por ende al discurso del terrorismo.

En primera instancia encontramos que históricamente el rol de los medios de comunicación, esencialmente periodísticos, ha sido el de transmisores de mensajes codificados que reflejan la realidad de una sociedad. Sin embargo, frente al escenario actual, este rol ha ido tomando un giro diferente en el cual los medios ya no solo se limitan a reflejar la realidad de un colectivo, sino que han ido adquiriendo la capacidad de introducir nuevos sistemas ideológicos dominantes, provenientes “del simple interés de las industrias” (Maigret 2009, 271), a tal punto que logran condicionar los imaginarios colectivos y las actitudes de las personas y de la sociedad en general. Dentro de este proceso, la naturaleza de la noticia, como elemento fundamental de la comunicación, deja de ser un reflejo de las necesidades sociales, y va modificándose a tal punto que esta llega, sobre todo, a reflejar lo que las

industrias culturales sugieren como un objeto de consumo masivo (Horkheimer y Adorno 1988, 1). La noticia de a poco va enfocándose en aquellos hechos o actitudes que tengan un mayor poder comunicacional y que resulten objetos de consumo para las masas; aseguren aumento de su rating, y eviten que el periodismo cumpla con su rol inicial de transmisor de las necesidades de un colectivo (Held 1997, 196).

Justamente, al hablar de los hechos o actitudes que contienen un alto nivel de alcance (rating) encontramos que uno de ellos es la violencia política debido a su alto nivel de poder comunicacional, tal como lo establece Clutterbuck al mencionar que esta es, per se un medio de comunicación desde el instante en que una acción de este tipo establece una relación efectiva entre aquellos que la cometen y el destinatario del mensaje que los violentos quieren dar a conocer, tal como se ve en el gráfico 2 (Clutterbuck 1985, 16). Por lo tanto, si el objetivo central de los medios de comunicación de masas es el emitir noticias que tengan el mayor alcance, o sean mayormente consumidas, resulta obvio que los medios de comunicación preferirán transmitir noticias que tengan algún tipo de relación con la violencia política ya que estas aseguran un elevado rating.

GRÁFICO 2. VIOLENCIA COMO MEDIO DE COMUNICACIÓN



En este sentido, podemos mencionar que de hecho existe una sinergia entre los intereses de los medios de comunicación masiva y el terrorismo dado que este último tiene por objetivo el obtener la mayor propaganda por sus atentados para lo que busca convertirse en noticia (Clutterbuck 1985, 13). Por ende en este sentido entramos en el primer escenario donde los

medios de comunicación sirven a los intereses, en primera instancia, de los grupos terroristas al dar cobertura a sus actos. De cualquier modo, hay que aclarar que con esto no estamos aduciendo que los medios actúan a favor del terrorismo, sino al contrario, aun cuando dentro de la noticia se califique al acto terrorista como “bárbaro” o moralmente inaceptable, la mera transmisión de la noticia ya significa un logro para los violentos ya que como sugiere Clutterburck (1985), lo que ellos buscan no es calidad de la información, o que se expliquen extensivamente sus argumentos, sino su mayor difusión ya que esta “aporta siempre un efecto propagandístico más o menos intenso, que finalmente facilita su generalización e impulso transnacional”(13).

Lo que buscan los grupos terroristas es conseguir de antemano la mayor cobertura mediática de sus actos, a partir del hecho de que los medios de comunicación masiva poseen una capacidad de alcance de audiencias que no puede ser comparada ni igualada por ningún otro método de comunicación política –como por ejemplo, la exposición de mensajes políticos por medio de panfletos, los mítines propagandísticos, las charlas, conferencias, o si se quiere la distribución de afiches, en el sentido en cómo fueron utilizados por los diferentes gobiernos para difundir su propaganda nacionalista durante las dos guerras mundiales, entre otros. Por lo tanto, este interés de los grupos terroristas por alcanzar la cobertura mediática responde a una actitud racional.

Sin embargo, en el segundo caso vemos que el terror no es el único que utiliza esta estrategia de base racional del uso de los medios de comunicación como difusores masivos de su propaganda, sino que también lo hacen los diversos frentes de la “guerra contra el terror”, liderada por los estados. Es así que por ejemplo en el caso de la guerra iniciada y liderada por Estados Unidos contra el terror, los medios de comunicación también jugaron un papel muy importante desde el momento en que el Gobierno federal usó sus mecanismos

de censura y de difusión de información oficial para legitimar su lucha contra el poder terrorista (Fazio 2013, 15). Ahora bien, algo que es necesario preguntarse es ¿por qué, a pesar de que el uso de la censura representaba una clara amenaza a la libertad de expresión, los medios no se opusieron a la misma y más bien continuaron transmitiendo la información provista por el Gobierno y sus agencias especializadas en la lucha contra el terrorismo?

La respuesta puede darse sobre la base de dos fenómenos. En primer lugar encontramos que el poder de los ataques simbólicos del terrorismo pudo haber despertado un compromiso moral “patriótico” por parte de los medios, por lo que estos pudieron haber comprometido a respaldar la postura oficial reforzando el poder del Estado (Fazio 2013, 13). Sin embargo, comprobar esto ameritaría otro estudio, por lo que nos centraremos en la segunda respuesta. Esta se sustenta en la propuesta de la violencia como un medio de comunicación masiva efectiva, y es que justamente la proposición, igualmente simbólica de iniciar una “guerra contra el terror” también significaba una forma de violencia política, por lo que la difusión de la postura gubernamental representaría un mayor consumo de la noticia por parte del público. Por ende, la censura no representaría una medida completamente nociva para los intereses de los medios de comunicación sino que, al igual que el caso del terrorismo, serían sinergia con los intereses de los poderes gubernamentales. Ante esto Carlos Fazio (2013) sugiere que:

“La censura es en gran medida autocensura, por un lado de periodistas y comentaristas que se ajustan a la realidad de los requerimientos organizativos de las fuentes y de los medios de comunicación, y por otro de los responsables de alto nivel de dichos medios que fueron elegidos para poner en práctica las constricciones –que en muchos casos han interiorizado- impuestas por los propietarios y por otros centros de poder, tanto del mercado como gubernamentales” (19).

Es así que si el mercado del entretenimiento sugiere que la violencia política, personificada en forma de la “guerra contra el terror” augura un mayor consumo de la noticia,

resulta oportuno el transmitir y colocar a la lucha contra el terrorismo como un tema candente dentro de la agenda política y noticiosa internacional.

Finalmente, nos encontramos ante un escenario donde los medios, al ser el tercer frente de poder dentro del discurso del terrorismo, representan sus propios intereses. Es decir, más allá de reportar a profundidad los sucesos y hechos relacionados al terrorismo o a la guerra contra el terror, lo que los medios buscan es tener el dominio mediático de la audiencia, para lo cual es necesario dar fuerza a un discurso colectivo en el cual la idea del “terrorismo” como una amenaza constante esté siempre presente en el imaginario social. Solo de esta manera se asegura que una noticia relacionada al terror, obtenga el nivel de audiencia esperado, y por consecuencia que las ganancias del medio sean mayores. No por nada Virginia Held (1997) sostiene que “de no ser por las ventajas económicas que trae difundir noticias de violencia política, los medios no transmitirían las mismas” (197). Adicionalmente, con este accionar los medios no solo se benefician a sí mismos, sino que también a los intereses de los grupos terroristas y a los de la “guerra contra el terror” a tal punto que todos siguen obteniendo ganancias a partir de la reproducción constante de las noticias que giran en torno al discurso que ellos han creado.

- ***El problema de la legitimación: la televisión versus el internet***

Una vez que se ha analizado la forma en cómo el rol de los medios de comunicación beneficia a los intereses de los tres principales frentes de poder contenidos dentro del discurso del terrorismo, es necesario tomar en cuenta y analizar uno de problemas de fondo que se originan a partir de ésta, la forma en cómo los medios manejan el problema del terrorismo: el problema de la legitimación.

Justamente, a partir del hecho de que los principales y únicos beneficiarios del rol de los medios en el discurso del terrorismo son los tres frentes de poder, se da el caso de que el problema del terrorismo per se continúa existiendo de raíz, y más allá de las virtuales victorias aducidas por los diferentes gobiernos, debido a la incertidumbre, no se puede comprobar si estas han sido victorias en realidad. Por lo tanto, la necesidad de plantear acciones efectivas para contrarrestar el terrorismo global sigue siendo una necesidad apremiante. Justamente los medios han buscado ser catalogados como actores que mediante su accionar contribuyen a esto, pero en realidad no es lo que sucede. De hecho, la postura de responsabilidad moral de los medios contra el terrorismo de la que se habló en la sección anterior resulta ser falsa, pues si en realidad los medios estuvieran comprometidos con la implementación de mecanismos efectivos para la prevención del terrorismo, cumplirían con su rol de comunicadores de los factores de fondo que intervienen en el apareamiento del terrorismo como fenómeno de protesta social extrema. Al contrario de esto, los medios se han convertido en meros informantes de los hechos, y no cumplen con un compromiso moral real según el cual ellos deberían exponer las realidades detrás de la problemática, incentivando, por ejemplo, una discusión que permita un entendimiento efectivo de las mejores opciones disponibles para resolver los conflictos sociales y políticos, como los relacionados a la justicia social y racial, que además permitan a los colectivos sociales discutir sobre la justificación o no del uso de la violencia política sobre los métodos pacíficos o políticos de protesta (Held 1997, 194).

Sin embargo, esto no sucede desde el momento en que el interés y accionar de los medios están basados en una motivación comercial que de ser efectiva garantiza la homogenización del discurso y control de todo el mercado de las noticias por parte de un número reducido de cadenas internacionales, mismas que ofrecen un trato mediocre y muchas veces no honesto

de las interpretaciones de la realidad social relacionada al aparecimiento del problema del terrorismo (Held 1997, 202). Todo esto se ha dado con el pretexto de que los medios deben mantener un esquema de imparcialidad y de objetividad (Fazio 2013, 17). No obstante, esta imparcialidad no es efectiva desde el momento en que, sea cual sea la información que se difunda tanto de las acciones terroristas, así como de la campaña iniciada en el marco de la “guerra contra el terror”, lo que se consigue es dar mayor cabida al alcance propagandístico de ambos por un lado, así como el aumento de la sensación de incertidumbre de las motivaciones y capacidades reales del terrorismo por otro. Es así que la omisión de una real comunicación por parte de los medios tradicionales –principalmente la televisión-, limita el acceso a una información efectiva y completa de los problemas sociales de base, y al mismo tiempo también niegan desde un inicio la posibilidad de legitimación de los actos terroristas, por lo que sus perpetradores necesariamente deben buscar nuevas plataformas que permitan exponer sus argumentos y motivaciones, alcanzar una legitimación para su fin y objeto, además de ganar una mayor cantidad de adeptos.

Ante este escenario entra en juego el internet como la plataforma que permite alcanzar estos objetivos ya que debido a su naturaleza, a través de la red, las personas pueden tener acceso a información no censurada publicada por las mismas agrupaciones terroristas en referencia a su naturaleza y motivaciones. Ante esto Alfonso Merlos (2008) menciona:

“El ciberespacio se ha convertido en el marco de operaciones ideal para las organizaciones terroristas que han sabido poner al servicio de sus intereses tácticos y estratégicos las innumerables ventajas que ofrece el entorno: facilidad de acceso y mantenimiento, escasa regulación y control gubernamental, anonimato, rapidez en el intercambio de información, acceso a la opinión pública internacional y, en definitiva, comodidad para la planificación y coordinación de operaciones que resultan rentables tanto en términos de recursos empleados, como de alcance global gracias la fuerza multiplicadora de la red” (111).

Es así que, en definitiva el uso de internet resulta una herramienta de singular ventaja para el terrorismo ya que su alcance de masas es sumamente amplia. De hecho es gracias a este medio que el Estado Islámico dio a conocer, entre otras cosas, la colocación de Abu Bakr al-Baghdadi como “Califa” del llamado califato islámico. Lo interesante de este fenómeno es que fue un único video a través del cual el mundo se enteró de esta decisión interna de la cúpula de la organización del Estado Islámico. Es decir, al-Baghdadi había hablado frente a la cámara una única vez, pero su video colocado en la red se reprodujo de manera viral miles de veces, llegando de esta manera a colocar al proyecto final del Estado Islámico dentro de la agenda política internacional (Wood 2015, 80). Ante esto, cabe preguntarnos ¿a qué se debe la eficacia de esta estrategia?

Para responder a esta pregunta podemos usar tres posibles hipótesis. En primer lugar, podemos encontrar la efectividad informativa de las redes sociales, a través de las cuales se ha comprobado que un mensaje puede masificarse a tal punto que puede llegar a movilizar a multitudes para organizar levantamientos concretos como los sucedidos durante la Primavera Árabe en 2010. En segundo lugar encontramos que una de las variables que han determinado la eficacia de las estrategias basadas en internet, es el impulso que los mismos medios de comunicación tradicionales —específicamente las agencias de noticias internacionales- han dado a los contenidos colgados en internet por los grupos terroristas. A pesar de que para la difusión de propaganda los grupos terroristas ya no necesitan recurrir a la cobertura de los medios de comunicación tradicionales, son éstos últimos los que reproducen y dan a conocer a la sociedad en general que estos contenidos se encuentran en la red. A diferencia de tiempos anteriores, los medios ya no reproducen aquellos mensajes provenientes de grupos terroristas que llegaban en dispositivos físicos a las instalaciones de sus estaciones, sino que simplemente basta con que los mensajes sean descargados de plataformas como YouTube,

Twitter, o las propias páginas web de organizaciones como el Estado Islámico, Al Qaida o Boko Haram, y que sean reproducidas tanto en los noticieros de televisión, radio y prensa así como en los medios virtuales que poseen para que nuevamente los mensajes terroristas se conviertan en noticias titulares y tendencias a nivel mundial.

De cualquier manera, ante esta situación recaemos en el mismo problema que se mencionó anteriormente, el de la incertidumbre ocasionada por la omisión, o el rol puramente informativo de los medios de comunicación tradicionales, la autocensura y omisión del análisis de las causas reales que motivan el aparecimiento del terrorismo como fenómeno. Ante esta situación, como tercera hipótesis, podemos sostener que los medios tradicionales constituyen el primer vehículo de propaganda y el internet es el principal vehículo de comunicación, como es el único espacio realmente libre para transmitir los mensajes que legitiman las acciones terroristas, entre ellos, el de la “hermanamiento global de los musulmanes, independientemente del punto del mundo en el que físicamente se encuentren” y la defensa del islam y la umma llevada hasta las últimas consecuencias a través de la Yihad (Merlos 2008).

Capítulo 3: ¿Por qué los medios de comunicación definen de forma efectiva el discurso del terrorismo?

Al retomar el problema del poder, entendido de acuerdo a la propuesta de Robert Dahl, y al aplicarlo al contexto del discurso del terrorismo, es claro que los medios de comunicación tienen la capacidad de condicionar las actitudes e incluso pensamientos de las personas, y no solo de ellas sino de las masas, razón por la cual, los medios se convierten en actores políticos. No en vano Lenin expresaría que el gran problema de la política empieza cuando las masas se ven incluidas (cit. en Carr 1939, 102), y este es, de facto, el escenario en el cual el poder político de los medios confluye, a través de su capacidad de modificar, regular o condicionar las acciones de las masas a partir de la introducción del discurso del terrorismo y sus elementos.

Ahora bien, al igual que el origen del poder del Estado tiene su fundamento en el contrato social establecido por los miembros de una comunidad, el origen del poder de los medios de comunicación también tiene sus raíces en la autoridad que se les ha otorgado desde la sociedad en su conjunto. Es decir, no emana de su particular posición dentro del espectro de los juegos de relaciones sociales, sino que surge a partir de su función como transmisores, en cantidad y calidad, de la información que es requerida por el deseo característico de saber de los seres humanos. Por lo tanto, es necesario reiterar que esta autoridad no le ha sido otorgada recientemente sino hace mucho tiempo atrás, un tiempo que resultaría sumamente complejo rastrearlo dentro de la historia. No obstante, lo que si se puede determinar es que la autoridad de los medios nace paralelamente a su función histórica como representantes y portavoces de las realidades emanadas de una comunidad. De ahí que Clutterbuck denomine a esta autoridad, o prestigio, como auctoritas.

Esta última característica es de singular importancia dado que al convertirse en un ejemplo de arrastre, lo que los medios comuniquen, o simplemente informen, de alguna manera condicionará las representaciones sociales, morales, o políticas vigentes en la sociedad, fenómeno que es el que sienta la base por la que los discursos promovidos por o a través de los medios sean tan fuertes. De hecho, estos discursos pueden llegar a tener tal fortaleza que pueden incluso convertirse en una especie de Frankenstein que ya no responde a los intereses de quienes le han otorgado el poder, pero sí a sus propios intereses o a los de los componentes que dan forma y contenido al discurso, tal como sucede en el caso relacionado al terrorismo donde la mayoría de conceptos, símbolos y representaciones no han surgido de la sociedad misma, sino de los diferentes frentes de poder de los cuales hemos hablado ya, y de los propios intereses de los medios.

En este sentido es claro que los medios de comunicación han llegado a consolidarse como instituciones con la capacidad de moldear no solo un discurso, sino a la cultura en general. Ante esto Virginia Held (1997) sostiene que la cultura, particularmente la de Estados Unidos, pero por ende la occidental e incluso la llamada cultura global, se están condensando en una sola cultura homogénea, la mediatizada, misma que está dominada por lo que los medios de comunicación nos venden, marginalizando poco a poco a otros elementos que históricamente han ido dando forma a las culturas propias y diferenciadas de cada colectivo social (200). En consecuencia, como lo menciona Douglas Keller (1995), esta cultura se caracteriza por el hecho de que los medios introducen imágenes, sonidos, y espectáculos que fabrican la noción de la vida diaria de las personas, dominan el tiempo de ocio –pues casi todo lo que exhiben es entretenimiento, mas son no espacios de discusión o de comunicación realmente imparciales y equilibrados-, y dan forma a las visiones políticas de las personas y su comportamiento social(1).

Ante esto, la propuesta constructivista social de las relaciones internacionales propone que las instituciones, también entendidas como regímenes, en efecto pueden moldear la cultura de la sociedad, pero esto no resulta una relación determinística dado que las instituciones se retroalimentan a partir de los nuevos cambios que se han ido introduciendo dentro de la misma. En este sentido Alexander Wendt (1992) sostiene que las instituciones no pueden vivir marginizadas o separadas del campo de las ideas y de los imaginarios de los actores de una sociedad por lo que ambos elementos son mutuamente constitutivos (399). Esta lógica resulta completamente coherente si es aplicada al análisis del discurso del terrorismo y su relación con los medios dado que en primera instancia los seres humanos hemos reconocido a la violencia política como un medio de comunicación efectiva, los medios han adoptado esto y lo han incluido a su lenguaje y lo han utilizado permanentemente para construir las noticias, mismas que tendrán una gran recepción por parte de la sociedad dado que en su seno está implantada la noción de violencia política. Si esto se extiende al campo del terrorismo funciona de igual manera, pues el terror ha sido siempre un condicionante del accionar humano, por lo que crear un discurso relacionado a este fenómeno responde a los propios imaginarios emanados a partir de la naturaleza humana.

Finalmente, solo cabe mencionar que los medios, gracias al uso y abuso de la auctoritas que se le ha otorgado desde la sociedad misma, han conseguido introducir discursos que residen en el problema de la ideología tal como Slavoj Žižek (2003) sugiere. Justamente, la principal característica de la ideología es que ésta opera a través de la introducción de espectros “schemas” que se presentan como reflejos de la realidad, pero que en verdad no lo son, sino que más bien reflejan nociones ideales de la condición humana (26). Es así que por ejemplo dentro del discurso del terrorismo se pueden ver dos ideologías que se contraponen

pero que justamente por ello aseguran el alcance tan extenso con el que cuenta este discurso en particular.

Es de esta manera que encontramos en primer lugar un ideal de democracia, de libertad y de paz que es repetido e impulsado por el lenguaje de la “guerra contra el terror” y propagandeado por las grandes cadenas de noticias internacionales; un lenguaje que no deja de ser un espectro pues la misma “guerra contra el terror” ha demostrado que para lograr su objetivo se ha necesitado recurrir al quebrandamiento de varias garantías y derechos humanos, además de que ha necesitado incurrir en acciones de guerra y prácticas antidemocráticas como lo fueron la imposición de gobiernos pro estadounidenses en Afganistán e Irak. Por otro lado, encontramos como una segunda ideología dominante la yihadista, misma que se ha beneficiado extensamente de la propoaganda otorgada por los medios de noticias internacionales y por los beneficios de las plataformas basadas en internet para sostener como legítima su lucha categóricamente asimétrica contra occidente con la finalidad de alcanzar una sociedad islámica ideal fundamentada en la aplicación estricta de la ley sharia. Al igual que en el caso anterior, esto no deja de ser un espectro ya que hasta la actualidad no se ha sabido de la efectividad, justicia, y otras bondades de una sociedad basada en la aplicación radical de esta forma de ley y de la conjunción política de la religión y Estado. De hecho, resulta complicado pensar que en el corto o largo plazo este espectro se convierta en realidad, sobre todo cuando el régimen que más se aproxima a este ideal –el Estado Islámico- es, por lo menos como los medios de comunicación lo presentan, un régimen opresor del cual se tiene una limitada información pues son pocos, o quizás ninguno, los jóvenes quienes han retornado de su búsqueda por vivir en la sociedad ideal promulgada por el califato (Wood 2015, 80).

Es así que ante el escenario de incertidumbre sobre las capacidades reales del terrorismo, el dominio de la difusión de la información por parte de los medios de comunicación masiva y la auctoritas que se le ha entregado desde la sociedad misma, vivimos una cultura mediatizada donde el poder de la información y por ende de la introducción de nuevos conceptos, generalmente ideales o espectrales, reposa sobre la capacidad misma de los medios de comunicación masiva como forjadores de los discursos, y en el caso específico de esta estudio, del discurso del terrorismo

.

Conclusión

Una vez que se ha analizado el problema del discurso del terrorismo es claro que no se puede señalar que este es el producto de un solo fenómeno, el terrorismo per se, a través de la acción fundamentalista y radical de uno o varios grupos de este tipo. Al contrario de esto, es claro que el discurso del terrorismo se ha forjado como resultado de las acciones emprendidas por diferentes actores a lo largo de la historia y que han ido evolucionando a tal punto que hoy contamos con un discurso mucho más amplio y fuerte que el que pudo haber existido en periodos anteriores de la historia de la política internacional.

Es así que en primera instancia es clave reconocer que tanto el terrorismo, así como su discurso, no son fenómenos que se restrinjan a la modernidad, sino que han estado presentes desde el inicio mismo de la historia de las relaciones políticas entre los hombres. Sin embargo, existe una diferencia cierta entre todas las formas discursivas del terrorismo anteriores y su versión actual, siendo la que tenemos hoy en día, el resultado de las interacciones de tres frentes de poder que poco a poco, a través de la introducción de nuevas representaciones, símbolos y conceptos, en un escenario de creciente globalización, interdependencia e interconexión, han ido dando forma a la nueva noción del discurso del terror. Es de este modo que hoy en día este discurso ha sido concebido gracias a la participación tanto de los grupos terroristas a través de sus actos y métodos tácticos enfocados a conseguir la mayor propaganda por el hecho, así como por la acción estatal –a momentos con carácter internacional- enfocada en la “guerra contra el terror” y la definición misma de quién es en realidad el objetivo de este enfrentamiento. Finalmente encontramos que el tercer frente de poder, y quizás el que más ha influenciado en la naturaleza del discurso actual, es el de los medios de comunicación masiva al ser ellos quienes mantienen la capacidad principal de condicionar el pensamiento, sensaciones, emociones y acciones de una sociedad

y cultura que se ha vuelto puramente mediatizada y donde la influencia de los medios se ha vuelto determinante en la construcción de la noción de vida cotidiana de las personas.

Ante esta situación es notorio que los medios de comunicación han conseguido convertirse en los catalizadores del fortalecimiento del discurso terrorista ya que han sido ellos quienes han colocado al terrorismo internacional dentro de la agenda política global, a tal punto de ubicarlos en la categoría de amenaza a la paz y seguridad mundiales, tal como lo ha mencionado la ONU en reiteradas ocasiones; todo esto por medio de la repetición y reproducción viral de información de tipo propagandístico que contiene un alto nivel de violencia política. Por lo tanto, la amenaza del terrorismo, sin necesidad de dejar de ser una amenaza que puede tener efectos reales, como de hecho ya ha sucedido por medio de los cientos de ataques que se han ejecutado en su nombre, es sobre todo una amenaza de tipo discursivo que ha sido impulsada gracias a la participación de los medios de comunicación masiva como difusores de la propaganda e intereses de los principales frentes de poder confrontados en este escenario. Ante esto es necesario recalcar que la razón detrás de esto se enmarca en el hecho de que los medios, como lo mencionó Chomsky, representan a los intereses del poder.

Por lo tanto, si hay una característica fundamental dentro del discurso del terrorismo, es la relacionada a la competición de poderes que existe a partir de la relación dialéctica, propia de los conflictos políticos, que se da entre el terrorismo como ideología de contención y oposición al status quo de dominio global ejercido por los sistemas occidentales, versus la lucha de Estados Unidos y sus países aliados -e incluso la de todos los demás estados por medio de declaraciones conjuntas en el marco de la ONU-, contra el terrorismo global. No obstante, el problema propio de este escenario es que la “guerra contra el terror” es una guerra que no tiene un rostro, ni identidad definida, por lo cual la noción de “enemigo” es

sumamente ambigua e imprecisa y puede incluso ser extendida a todos aquellos que no entren dentro del canon de lo “occidental” o “civilizado”, todo esto por el simple hecho de tener una condición de extraño como ha sugerido Carl Schmitt. Es justamente aquí donde reaparecen los medios de comunicación masiva para dar soporte a la formación del discurso, pues son ellos quienes por medio de su forma de tratar la noticia, los que crean representaciones ficticias del enemigo que buscan legitimar la lucha estatal contra el terror.

El problema del terrorismo se resume en el hecho que los diferentes frentes del discurso dejan muy en claro que el terrorismo en efecto existe, pero poco o nada sabemos de él, o por lo menos lo único que podemos llegar a saber, paradójicamente, es lo que los medios de comunicación masiva expongan y determinen como noticias. A su vez, estas noticias no tienen una finalidad social real, o una intención de contribuir a la creación de medidas que supriman el aparecimiento o expansión del uso del terror como última medida de protesta política. Al contrario, lo que se puede ver es que los medios solo actúan de forma en que consigan un mayor rating por la difusión de noticias de violencia política, mismas que contienen un alto nivel comunicacional y de consumo ya que este no solo demuestra un hecho, como la destrucción de un edificio, una decapitación, o una invasión, sino que conlleva un mensaje simbólico que afecta directamente a la psiquis de la sociedad, generando un estado de pánico constante en el que se asegura que la gente, las posibles víctimas, vuelvan a consumir toda aquella información que tenga una relación con el discurso del poder, sea proveniente de fuentes gubernamentales, o de las propias fuentes virtuales de los grupos terroristas, una y otra vez citadas por los medios de comunicación tradicionales.

Es así que el discurso del terrorismo resulta ser en extremo complejo. Es un discurso que tiene diferentes representaciones de lo bueno, lo malo, lo justo y lo injusto, pero el hecho es que existe desde el momento en que para unos un actor X puede ser un terrorista, y para otros

no. El problema no reside en el por qué el actor X puede ser considerado como un terrorista, sino en la forma en cómo nos lo han presentado, en este caso los medios de comunicación. Por ende, quizás no necesitamos preguntarnos nosotros mismos, ni a los estados, y menos a organismos como la ONU ¿qué es terrorismo?, pues el resultado siempre será diferente, corroborando la condición conceptual polisémica del terrorismo; por ende, a quien deberíamos preguntar qué es el terrorismo ahora, es a los medios de comunicación masiva, pues son ellos los que han determinado y sin duda seguirán determinando, justificándose en la *auctoritas* que se les ha otorgado, qué es el terror, y quienes están detrás del discurso que lo contiene.

Bibliografía

- Aristóteles. *Política*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Avilés F., Juan. *La daga y la Dinamita: Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2013.
- Baudrillard, Jean. «La violencia de lo mundial.» En *La violencia del mundo*, de Jean Baudrillard, & Edgar Morin, 11-30. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.
- Borges, Luigi B. *54 horas de terror en París*. 10 de Enero de 2015. <http://www.elmundo.es/internacional/2015/01/10/54b05204ca4741867a8b4577.htm> l.
- Bovard, James. *Terrorismo y Tiranía: Limitar la libertad, cercenar la justicia y alterar la paz..., ¿para liberar al mundo del mal?* Traducido por Jorge Salvetti. Buenos Aires: El Ateneo, 2004.
- Bull, Hedley. *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*. 3ra (2002). New York: Columbia University Press, 1977.
- Carr, Edward H. *The Twenty Years' Crisis 1919-1939*. New York: Perennial, 1939.
- Chomsky, Noam. *Hegemonía o Supervivencia: La estrategia imperialista de Estados Unidos*. Bogotá: Ediciones B, 2006.
- Chomsky, Noam, y Andre Vltchek. *On Western Terrorism: From Hiroshima to Drone Warfare*. London: Pluto Press, 2013.
- Chomsky, Noam, y Gilbert Achcar. *Estados Peligrosos: Oriente Medio y la Política Exterior Estadounidense*. Traducido por Miguel Martínez-Lage. Barcelona: Paidós, 2007.
- Clutterbuck, Richard. *Los medios de comunicación y la violencia política*. Traducido por Esteban Morán. Navarra: EUNSA, 1985.
- Crenshaw, Martha. «¿Está Estados Unidos ganando la guerra global contra el terrorismo?» En *Las democracias occidentales frente al terrorismo global*, de Charles T. Powell, & Fernando Reinares, 17-42. Madrid: Ariel, 2008.
- Dufour, Dany-Robert. *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Fazio, Carlos. *Terrorismo Mediático: La construcción social del terror en México*. México: Random House Mx., 2013.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Letra E, 1970.
- Freedman, Lawrence. «Strategic Terror and Amateur Psychology.» *Political Quarterly* 76, n° 2 (2008): 161-170.

- González Calleja, Eduardo. *El Laboratorio del Miedo: Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica, S.L., 2013.
- Gorka, Sebestyén. «¿Vencerá la nueva doctrina estadounidense de contrainsurgencia a Al Qaeda?» En *Las democracias occidentales frente al terrorismo global*, de Charles T. Powell, & Fernando Reinares, 45-66. Barcelona: Ariel, 2008.
- Hardt, Michael, y Antonio Negri. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2002.
- Held, Virginia. «The Media and Political Violence.» *The Journal of Ethics* 1, n° 2 (1997): 187-202.
- Horgan, John. *Psicología del Terrorismo: Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista*. Traducido por Joan Parra Trujillo. Barcelona: Gedisa, 2009.
- Horkeimer, Max, y Theodor Adorno. «La industria cultural. Iluminismo como mistificación de las masas.» En *Dialéctica del iluminismo*, de Max Horkeimer, & Theodor Adorno. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- Jordán, Javier. «Contextualización conceptual, ideológica e histórica del terrorismo global.» En *Seguridad, Defensa y Desarrollo en el contexto internacional actual*, de Eugenia López-Jacoiste, 137-167. Navarra: EUNSA, 2010.
- Keller, Douglas. *Media Culture: Cultural Studies, Identity and Politics Between the Modern and the Postmodern*. New York: Routledge, 1995.
- Koshy, Ninan. «Revisiting the Media Discourse.» *Economic and Political Weekly* 44, n° 26/27 (2009): 44-46.
- Lasswell, Harold D. *Propaganda technique in the world war*. 1927.
- Levy, Jack. «Loss Aversion, Framing Effects, and International Conflict: Perspectives from Prospect Theory.» En *Handbook of War Studies II*, editado por Manus I. Midlarsky, 193-221. Michigan: Michigan University Press, 2000.
- Maigret, Eric. *Sociología de la comunicación y de los medios*. España: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Merlos, Alfonso. *Terror.com: Irak, Europa y los nuevos frentes de la Yihad*. Navarra: EUNSA, 2008.
- Neumann, Iver B. «Discourse Analysis.» En *Qualitative Methods in International Relations: A Pluralist Guide*, de Audie Klotz, & Deepa Prakash. Palgrave Macmillan, 2008.
- Nieto R., Pedro. *Terrorismo y AntiTerrorismo en el mundo contemporáneo*. Colombia: Nomos Impresores, 2012.
- Nye, Joseph S. *Understanding International Conflict: an Introduction to Theory and History*. Cambridge: Pearson Longman, 2011.

- Onuf, Nicholas. *World of our Making: Rules and rule in social theory and international relations*. New York: Routledge, 2013.
- Organización de las Naciones Unidas. «Documento Final de la Cumbre Mundial 2005 "A/RES/60/1".» *New York*. 2005.
- Reinares, Fernando. *Terrorismo Global*. España: Taurus, 2003.
- Sartori, Giovanni. *Cómo hacer ciencia política*. Madrid: Taurus, 2011.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Alianza Editorial, 1932.
- Spiegel. *Terror from the Fringes: Searching for Answers in the "Charlie Hebdo" Attacks*. 19 de Enero de 2015. <http://www.spiegel.de/international/world/charlie-hebdo-attackers-radicalized-in-search-for-identity-a-1013475.html>.
- Spinoza. *Tratado Político*. España: Alianza Editorial, 1986.
- Turk, Austin T. «Sociology of Terrorism.» *Annual Review of Sociology* 30 (2004): 271-286.
- Waltz, Kenneth. *Man, State and War*. New York: Columbia University Press, 1959.
- . *Theory of International Politics*. Addison-Wesley, 1979.
- Wendt, Alexander. «Anarchy is what states make of it: The social Construction of Power Politics.» *International Organization* 46, nº 2 (1992): 391-425.
- Wood, Graeme. «What ISIS Really Wants.» *The Atlantic*, 2015: 80-94.
- Zizek, Slavoj. *Ideología: un mapa de la cuestión*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.